

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



RIF: J-07013380-5

**DOUGLAS BOHÓRQUEZ SOBRE ENRIQUETA ARVELO LARRIVA:** Cuando llegué a Barinitas mi primera noción de un cierto encanto bucólico, se rompió definitivamente. La imagen de pequeñas casas alineadas unas contra otras, incómodas, como pidiéndose disculpas y permiso, me interrogaba. ¿Dónde había llegado? No era esta definitivamente la Barinitas que yo había imaginado o vislumbrado desde la poesía de Enriqueta.

FUNDADO EN 1943

Papel Literario

82AÑOS

DOMINGO 15 DE FEBRERO DE 2026

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/•https://www.elnacional.com/papel-literario/•Twitter @papelliterario

*Tránsitos* (2025) se titula el más reciente libro del poeta, ensayista y profesor universitario Rafael Castillo Zapata (1958). Ha sido publicado en España por Visor Libros y la Fundación Para la Cultura Urbana. Reproducimos aquí la Nota preliminar y algunos poemas

Nota preliminar

Si un libro es el modo de leerlo –mejor dicho, el modo en que él mismo se da a leer– este es un libro *nuevo*, aunque todos los textos que lo componen hayan visto la luz anteriormente, pero en un formato y según una sintaxis distintos. *Tránsitos* no es un conjunto de libros reunidos en tanto que libros, como aparecieron en mi *Poesía reunida* (2023), por ejemplo. No es tampoco una antología. Es el resultado de una nueva *orquestración* de los poemas que se dan a leer, de este modo, como un *continuum*, agrupados bajo la forma de una *suite* compuesta de seis partes numeradas. En cada parte, los poemas han sido dotados de nuevas señales: en vez de números, ahora los nombro. Mi tarea aquí, entonces, ha consistido, fundamentalmente, en *orquestrar* y *titular*. Dos operaciones que han puesto a prueba mi paciencia y mi confianza.

\*\*\*

El cielo escrito

Si nada se ha de oír, si solo el ojo es testigo de estos enormes acontecimientos que a diario se suceden sobre la cabeza del hombre, ¿cómo empujar el cielo hacia la página?, ¿cómo ponerse a decir lo que él no dice cuando despliega sus cantos callados en lo alto?

Trabajos

¿Cómo sacar partido para el hombre de estos pormenores del aire y de la luz, de estos trabajos de la nube sobre la piel del día a diario?

La emboscada

¿Será este el cielo recuperado que me prometía mi memoria del cielo? ¿Serán estos sus paisajes perdidos que me salen al paso como para tenderme una emboscada en un recodo repentino del aire inmenso? ¿Volveré a caer entre sus brazos como en los del ser amado que regresa después de viajes increíbles sin preguntarle nada? ¿Serán estos renglones los indicios de su nombre en alto, vuelto a pronunciar, en mi propia voz, por mí?

El hallazgo

Imponencia renovada del cielo ante mí: esta sorpresa de una limpieza repentina del día que se recoge enrollando la luz en sus pliegues amarillos, mientras la noche comienza a morder los primeros escalones de su oportunidad. Hallazgo para un ojo dormido que había olvidado la alegría de esta contemplación abierta y sin miramientos. Cuánto tiempo perdido dándole la espalda a este espectáculo infinito, rehecho a cada instante por la máquina del cielo. Día derrumbado que un párpado recoge como un bocado para encerrarlo por unas horas, hasta que de nuevo se levante de su encia para encenderse de nuevo como una lámpara.

El hallazgo

Cuando el día cae, ¿quién va a precipitarse allí con él para traer a tierra la noticia de su catástrofe, del polvo que levanta cuando se dobla herido de muerte en el último estallido de su esplendor?

La noche

Nubes arrancadas con las manos de la tarde de

POESÍA >> TRÁNSITOS DE RAFAEL CASTILLO



RAFAEL CASTILLO ZAPATA / ©FEDERICO PRIETO

Nota preliminar y Poemas de Rafael Castillo Zapata

la pared asombrada donde se derrumba pálido este día. Tela venida a menos, ¿qué extraña claridad se asoma tras los pliegues que un golpe ha derramado como un párpado enorme que se arruga? ¡Cielo!, ¿qué hendija?, ¿qué sigilo del ojo agachado para seguir el rumbo de esa luz apenas que se cuela por debajo de la puerta de la noche, de ese río que corre, lejano, detrás?

Lo irremediable

Luz a ratos sosteniendo lo que ya no tiene remedio y se precipita, con pájaros y todo, en la garganta del horizonte vasto y sin aviso.

La serenidad

Así se sacude el día la luz, como un perro mojado que se recoge para echarse, sereno por lo que la mañana le tiene prometido en los últimos recodos de la noche.

La noche segada

Como un perro que se desprende del sueño y estira el lomo, el día tiembla un momento en el borde de la noche segada y se decide a andar con rápidos talones convencidos, cada mañana.

La vastedad

¡Bienvenida, pupila! Claraboya del día que bosteza junto a la noche dominada y se levanta la falda de repente para mirar la luz que se arroja entre sus piernas como un río indeciso que alguien acaba de echar a andar, allá, con su preciso golpe de llave. ¡Oh, fuente! ¡Ah, exclusas maravillosas que dan paso a la mañana: contrafuertes del mundo levantado! ¡Heredad circunstancial del día vasto que se asoma!

La enramada

¿Qué dedos ponen esta malla de encaje sobre el cielo quemado para filtrar la luz que me enceguece? ¿Qué acompaña a la mirada allá en lo alto para que una red module el estrépito del aire enardecido con la luz de junio que me abraza? ¡Ah, pérgola sedosa sobre mi cabeza, como una

enramada que allá arriba teje un pasadizo de sombra para el curioso que pasea!

El cielo derramado

En lo más alto del mediodía algo suena como agua: una corriente fluye entre las copas de los árboles; el viento abriéndose paso entre los dientes de una palmera frente a mi ventana. ¿En qué momento, sin cigarras, el cielo parece que se derrama sobre las cosas del mundo como una lluvia que aclara?

Lo absoluto

Acaso cuando la luz es tan potente que el cielo se borra.

La inacabada

Pobre, desnuda nube inacabada que el viento pule como un hueso solitario abandonado por los perros.

Los paisajes perdidos

Cuánto regala al ojo que no se precipita este cielo que madura lentamente su relato: habría que estarle mirando todo el día, cada día, hacia lo alto, para captar la grave sucesión de esos paisajes que, por suerte, se pierden irremediablemente, al fin, para la página. Maduros en quién sabe qué pliegue de la memoria, haciendo de las suyas en quién sabe qué circunvolución del sueño, esperando quién sabe qué para despertarse quién sabe cuándo: así es como puede nacer un poema acerca del cielo, de repente, como una nube, en lo inesperado.

Mecánica celeste

¡Palabras flexibles! ¡Como en ninguna otra lengua conocida, palabras anuentes, versátiles palabras que no se eternizan nunca en la significación precisa de un objeto!  
¡Necesidad constante de traslación y de cambio, de rotación y de parodia de sí mismo! ¡Hambre de fijeza y necesidad de aventura, de deriva y extravío!  
¡El cielo! ¡Su alta página!

El ojo alucinado

Agachadas a veces como al alcance de la mano, ¡qué manera tienen de jugar con el ojo que alucina el aire alto locas nubes que parecen recostar un poco el ala sobre un muro!, ¡qué manera tienen de hacernos creer que estamos de pronto a su nivel, que basta con empinarlos un poco y levantar el brazo nada más para alcanzarlas!

La codicia

Nubes codiciosas, en cerrada competencia, intentan ganar terreno para engordar sus blancos músculos de esponja a costa de las otras, rotas.

La tormenta

A todo dar, un agua muy viva rebaja al cielo a una triste condición de enorme página perdida, descompuesta por brotes de altas tuberías abiertas que encuentran por fin su sumidero ávido en el aire.

Lo despejado

Cuando una densa formación de nubes está dispuesta a ceder ante la luz que se abre paso a través de sus paredes de mota, todo ocurre como si cada movimiento de esos bloques de vapor que se separan despejando campo estuviera calculado: una serie gradual de desintegraciones invade el cielo que se despeja. Grandes placas tormentosas inician largas demostraciones de despojo. Suicidas, hacen lugar a una luz que, rebanada, se acuesta vencedora sobre cada palmo de terreno que la nube de tormenta desaloja.  
Tras enormes descargas de altos muros nubosos dominados a la vez, el cielo reaparece ante la mirada del hombre en la plenitud de sus más altas facultades de luz. ¡Claro su lienzo! ¡Limpia su página! ☼

\*Los poemas aquí reproducidos pertenecen a la quinta sección –de un total de seis– que conforman *Tránsitos*, publicado por Visor Libros y Fundación para la Cultura Urbana (España, 2025).

POESÍA >> PUBLICADO POR VISOR LIBROS Y FUNDACIÓN PARA LA CULTURA URBANA

# Tránsitos de Rafael Castillo Zapata

Una lectura libre de atajos y revuelta entre muchos extravíos

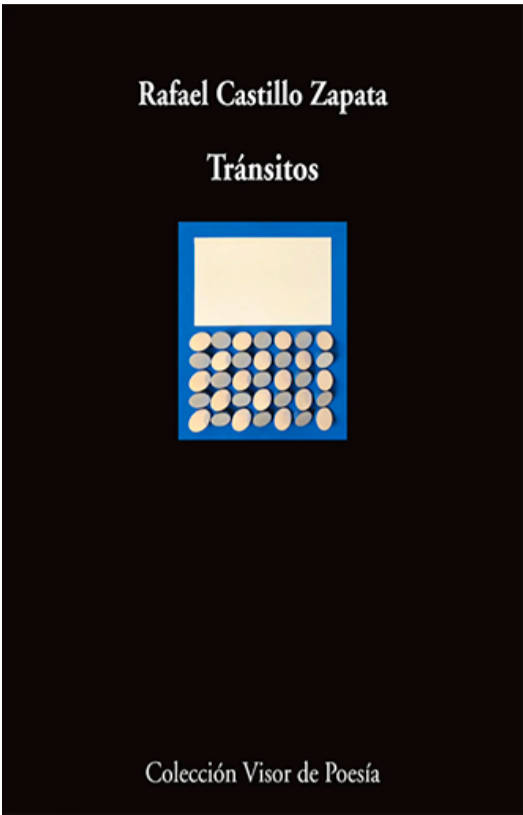
ALBERTO HERNÁNDEZ

...si es cierto que todavía sentimos las mismas emociones de quienes botaron las mil naves, también es cierto que llegamos a esas sensaciones de un modo diferente, con matices diferentes, por gradaciones intelectuales diferentes...

Ezra Pound

1 Ha pasado mucho tiempo desde *Árbol que crece torcido* y este *Tránsitos* que hoy comenzamos a trasegar sin alcabalas ni órdenes de atención a la autoridad. En 1984 apareció el mencionado poemario de Rafael Castillo Zapata y una segunda edición de Kálathos más recientemente. Luego se mostró en escena *Estación de tránsito* (1991), editado por Pequeña Venecia. En el año 2009 aparece su nombre en la portada de *Estancias*. Su *Poesía reunida (1984-2008)* la lanzó al mundo Oscar Todtmann Ediciones en el año 2022. Y en este sobresaltado 2025 la Colección Visor de Poesía de España se revela con *Tránsitos*. Especulo que el título está emparentado con el renombrado grupo literario Tráfico que reunió a varios escritores entre quienes se encontraba Castillo Zapata.

“A mí la poesía me viene de mi madre / que más que nada fue costurera / pero escribía poemas en secreto / y lloraba en verso sus amores contrariados...”, así comienza su primer libro. Una poesía cercana a lo conversacional, coloquial, a voz diaria y familiar. Un tono que proyecta la niñez del adulto que continuaba soñando con seguir siendo niño en poesía. El paisaje de su calle, la ciudad, la amistad, las caimaneras de béisbol en la cuadra del barrio, pero también el lado doloroso, duro, pero sin remordimientos: “...para vengarme de las vaya palizas de mi madre quién dijera / por un bien que me debe mi madre si supiera / al árbol que endereza jamás...”. Ese es el poeta de los inicios de aquella Venezuela aún atada a cierto clima “romántico”, en el que se respiraba una alegría ciudadina en conjunto con los trámites que ejercía



la realidad política-social del resto de la nación. Esa poesía se fue decantando, se fue alejando del bullicio de sus aceras y esquinas: aparece el parafraseo del manifiesto de Tráfico: “Venimos de la noche y hacia la calle vamos” en cercanía con el bello verso de Gerbasi: “Venimos de la noche y hacia la noche vamos”. Pero se nos ocurre expresar que Tráfico venía de la calle y hacia la calle iba. Es decir, fue engendrado por una poesía urbana, aunque algunos de sus fundadores no dejaron de verse en sus lugares de origen, en sus montes de costumbre, en sus matorrales y caminos. Desde ese instante, desde esa aventura, Rafael Castillo Zapata no ha parado de escribir, lo ha hecho sin escándalos, silenciosamente como se fraguan ciertos inventos, la poesía, entre ellos. *Estación de tránsito* recoge viajes y paisajes por el extranjero y por la misma tierra natal. Bien vale citar “Un poeta en gira por las provincias de su país”, y un poco antes “Breve memoria de la nieve”, poema en el que el autor nos habla de Nevada, Nebraska o Alaska. Estas “Instantáneas y postales”, como él las titula, frecuentan una visión de mundo que emerge de una ampliación de su propio crecimiento como

poeta, donde “Casi el amor” es cuerpo y deseo. “Vivir”, parte final de este libro: “El país más rico del mundo tiene pobres / y hace falta vivir en él / para darse cuenta: Washington / es blanca, como nieve / por cuyas venas corriera siempre fango, dice / mi amiga de Maryland...”. Es la mirada de este viaje, que cierra este “tránsito” estacionado en el tiempo.

2 Por desconocimiento de quien esto escribe no puede hablar de *Estancias*, publicado por la Colección Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar en el 2009. De su *Poesía reunida* se podría decir que el autor no hizo cambios considerables en su trabajo. Desde 1989 hasta 2008, desde ese periodo, los textos se mantuvieron intocados, apremiados por una lectura que confirmó la firmeza poética de Castillo Zapata en el sentido de dejar que sus versos siguieran viajando tal cual llegaron al mundo. Entonces apareció *Tránsito*, el poemario que hoy nos lleva a ingresar en una lectura obligada por el recorrido que ha logrado alcanzar la poética de nuestro autor. En la “Nota preliminar”, Castillo Zapata señala que no se trata de una antología. “Es el resultado de una nueva ‘orquestración’ de los poemas que se dan a leer, de ese modo, como un *continuum*, agrupados bajo la forma de una *suite* compuesta de seis partes numeradas”. Y, en efecto, el poemario o libro de poemas, no “intertitula”, numera, como si las palabras transitaran libremente sin salto alguno. Pero, “En cada parte, los poemas han sido dotados de nuevas señales: en vez de números, ahora los nombro”.

3 Seis son las estaciones que contiene este “nuevo” camino de Castillo Zapata. Cada número se sostiene sobre una considerable cantidad de textos que, según él mismo, han sido retocados, reescritos, pasados por el agua tibia de un reclamo que el autor se hizo en el sentido de querer darle un nuevo tono a su oficio de alfarero poético. Entro en *Tránsito* como se entra en trance. Las tres primeras partes del libro habían aparecido en *Estación de tránsito* con la excepción del poema titulado “Boris Pilniak, 1938”, personaje que fue ejecutado ese año y a quien Castillo Zapata dedica un largo poema, como una elegía que desgarra a quien lo afronta: “Toma

a tu cargo ahora / el peso de esta pena / por la que no pensaste y llévala, / llévala contigo (...) Tráele, / de vez en cuando, el sonido / del chapoteo retumbando / en medio de la celda / la irisada / revolución de las burbujas (...) Boris / Pilniak, ajusticiado finalmente, vivo / en la memoria larga del papel”. A partir de la estancia número “Tres”, la voz de Castillo Zapata deja de versificar y se convierte en prosa. El autor se vale de esta forma de decir su proyecto escritural para encontrarse con un tono y un ritmo diferentes a los versos de sus anteriores publicaciones. Es una prosa que se vale de títulos donde prevalecen un artículo y un sustantivo. Es decir, una definición en casi todos los textos del resto del libro. Son textos cortos o cortísimos, minimalistas, que podrían ser leídos como relatos aforísticos, texturas personales, suerte de metafísica de la realidad que alucina al lector. La piedra, elemento simbólico, cubre parte de ese terreno poético que hemos comenzado a descubrir. La piedra es sujeto de revelación. Una metáfora de la perennidad que recorre parte de este número “Tres”. En el Cuarto es *Providence*, pero la piedra continúa mencionando su presencia como toque de algún aviso secreto. El fuego, el amanecer, el tiempo, un cuerpo desnudo, una ballena, la noche, el cielo, la muerte amortajada, los pájaros, y así hasta un amor que despeja el camino hacia una poética de la totalidad, de esa íntima pasión por el deseo. Como señala en la contratapa Gina Saraceni: “Castillo Zapata desarma su obra y la recompone propiciando una conversación entre tiempos, ritmos, tonos y experiencias que nos hablan de la materialidad vibrante de una vida en la poesía”. Vida consagrada a darle rostro renovado a textos que andaban deambulando en libros anteriores y que ahora, entre los inéditos que andaban por la mente del autor y que en este protagonizan una lectura en otro tono, otro ritmo, otra visión de mundo. Nuestro autor reescribe a través de variadas herramientas de composición en un axioma cuyo contexto verbal arroja otras percepciones, otras maneras de leer el poema, el suyo que antes era coloquial, ahora como si se tratara de un relato cuyos sujetos hablan en diferentes tiempos y personas. *Tránsito* es un estilo de lectura, una nueva sensación prosística que confirma la calidad de este autor venezolano, nacido en Caracas en 1958. ☛

# Una educación sentimental, mi vida en la Escuela de Letras. Fragmento

Fragmento del texto publicado en el *Papel Literario*, como parte del Homenaje a la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, en septiembre de 2024

RAFAEL CASTILLO ZAPATA

Atrapado en los tremedales de una carrera –Medicina– que no se avenía con mi carácter, escapé a la Escuela de Letras sin saber muy bien lo que hacía, espoleado por las recomendaciones de un compañero de estudios, Bartolomé Celli, quien me aseguraba, según lo entendí en aquel entonces, que la Escuela de Letras era una especie de monasterio donde iban a parar todos los amantes de los libros, como yo, pues él conocía de mi afición por la lectura y la escritura. Quizás, Bartolomé nunca pronunció la palabra *monasterio*, pero yo me imaginé una comunidad de hermanos –de iguales– reunidos en torno a una misma fe, leyendo e intercambiando libros, pasando horas y horas en nutridas y acogedoras bibliotecas, compartiendo y comentando las impresiones de sus lecturas, sin otra exigencia que entregarse a su placer. Puedo asegurar –o al menos así lo recuerdo– que no pasó por mi mente la pregunta acerca de la finalidad de unos estudios semejantes: qué iba a hacer con ellos una vez que me graduara, cómo iba a vivir ocupándome de algo que solo me brindaba satisfacciones a mí mismo.



ANPHION – HENRI LAURENS / IAM VENEZUELA

Impulsivamente, solicité el cambio de carrera sin consultarlo con mi familia. Mi padre, sereno como siempre, se sorprendió mucho cuando le comuniqué lo que era ya un hecho cumplido, me recomendó que revirtiera aquella decisión atolondrada, que siguiera estudiando Medicina sin abandonar por ello mi pasión por los libros, citándome, de paso, buenos ejemplos de famosos médicos que también fueron o eran escritores. Pero yo no cedí, aunque la reflexión de mi padre resultaba completamente razonable y, además, perfectamente practicable. Lo que acabó de colmar el vaso fue mi récord de calificaciones en las principales asignaturas de la carrera: era tan pobre, tan vergonzoso, que no había posibi-

lidad de que yo remontara la cuesta de aquellas vertiginosas empresas llamadas Anatomía, Histología, Bioquímica, y qué se yo qué más. Además, estaba mi pusilanimidad natural. Aunque no tuve problemas en disecar cadáveres en las dependencias de la Escuela José María Vargas, la visita a las dependencias del Hospital Clínico Universitario me deprimió de tal forma que comenzó a crearse en mí una suerte de pánico ante la evidencia de que no iba a ser capaz de enfrentarme a aquellas escenas lúgubres y tristes de gente sufriendo entre olores sobrecogedores y síntomas espeluznantes. La visión de un documental sobre los internados rurales terminó por convencerme de que mi idílica visión de la vida de un médico –tomada sin ningún tipo de malicia por mi parte de la lectura de “Un médico rural” de Kafka– era una fantasía irresponsable. Me vi paralizado ante decisiones trascendentales gracias a las cuales la vida de otros seres humanos dependería de mí, y no fui capaz de asumir semejante reto: gente que podría morir por culpa de mi impericia, por la falta de recursos, por un diagnóstico errado. No le expliqué todo esto a mi padre, pero él entendió, vagamente, mis razones, y a regañadientes, pero resignado, aceptó que cambiara una carrera de tanto prestigio –y que tantas esperanzas había creado en mi entusiasmada y orgullosa familia– por una carrera de la cual la mayoría de la gente nada sabía para qué servía. ¿Pero tú ya no te estudiaste las letras?, decían, malintencionados, algunos parientes y allegados socarrones y maledicentes. El hecho es que un buen día de octubre de 1978, me vi yo, bisoño, subiendo la famosa cuesta del edificio de Humanidades que lleva, con su no menos famosa bifurcación, bien a la Escuela de Filosofía, bien a la de Letras. Aquella tarde iniciática fui directo a una aula –la 201, creo– en la que se impartía una materia que se

llamaba, si mal no recuerdo, Lingüística I. Fue entonces cuando comprendí en qué me había metido, no en un monasterio, sino en un laboratorio donde se analizaba el lenguaje y se pretendía estudiarlo científicamente, como si se tratara de un fenómeno clínico. El asombro y la estupefacción que me inundaron al principio se fueron disipando, no obstante, durante el desarrollo de aquella clase, que dictaba un pintoresco profesor, enfático y ocurrente, llamado Juan Manuel Sosa. Terminé disfrutando mucho la lingüística y sus alrededores, así como el resto de las materias. Me enamoré de entrada de una tal Hanni Ossott, aborrecí desde el primer día a un tal J. R. Guillén Pérez, aburrí a un poeta meditabundo que hizo que me convirtiera en un curioso lector de Rilke, adoré al gran León Algisi, el venerable erudito que nos abrió las puertas del portentoso paisaje de Grecia. Conocí a Jorge Romero y a su novia Josefina, y de inmediato nos hicimos compinches. Luego se fueron agregando nuevos amigos, Alberto Márquez y Lola Lli, Federico Prieto y Marisela Rodríguez, Reynaldo Bello Guerrieri, Ricardo Bello, y tantos otros. Gracias a Alberto entré en contacto con su hermano Miguel y sus amigos, todos ellos poetas, miembros del taller que la escritora Antonia Palacios llevaba en Calicanto, su acogedora casa de Altamira. Así fue como la noche de un lunes asistí a una extraña reunión de iniciados donde la oficiante mayor, la autora de *Ana Isabel, una niña decente*, leyó en voz alta, para mi absoluto desconcierto, unos poemas que, incauto, decidí mostrar entonces, instigado por mis compañeros. Alguien más ha contado la historia de lo que se generó allí con la lectura de aquellos poemas donde, entre otras cosas, cantaba la doméstica alegría de mi madre por la compra de una flamante licuadora marca Oster. ☛

LECTURA >> ABSOLUTO (KÁLATHOS EDICIONES), DE MARÍA ANTONIETA FLORES

# De la pasión, sus precuelas y secuelas

“Entre las cercanías destaca un cariz memorioso, casi proustiano. Con ello me refiero a la intervención de estímulos sensoriales capaces de desencadenar oleadas de vívidos recuerdos; una introspección minuciosa y expansiva acerca de cómo vivimos e intuimos nuestra trayectoria en el tiempo; un análisis detallado de la conciencia, los sentimientos, los matices emocionales y las contradicciones internas; el avance de todo lo anterior más por asociaciones libres que obedientes a una lógica de causas y consecuencias”

## MIGUEL GOMES

La obra de María Antonieta Flores (Caracas, 1960) se despliega desde principios de los años noventa con una constancia y una amplitud sorprendentes. Su carrera es de una sostenida productividad que abarca títulos como *El Señor de la Muralla* (1991), *Canto de cacería* (1995), *Presente que no en ausencias* (1995), *Agar* (1996), *Criba de abril* (1998), *Los trabajos interminables* (1998), *La desalojada luz de la tarde* (1999), *índigo* (2001), *brasas de retama* (2002), *li-maduras* (2005), *la voz de mis hermanas* (2005), *regresaba a las injurias* (2009), *madera de orilla* (2013), *temples* (2014), *deletérea* (2015), *las conductas discretas* (2020), *los gozos del sueño* (2021), *la intención esquirolada* (2024) y *la desalojada luz de la tarde* (2024). Su escritura, merecedora de varios premios, se sitúa en abierto contraste con la estética dominante en los ochenta, diferenciándose tanto por la densidad de su imaginiería, donde lo arcaico y lo onírico conviven, como por estrategias elocutivas herméticas y diversas formas de oblicuidad.

En sus primeras colecciones ya se anunciaba una convivencia singular de lo remoto y lo contemporáneo: abruptos desplazamientos desde imaginarios antiguos o medievales hasta la cotidianidad de una urbe del siglo XX esbozaban una percepción de la modernidad como ámbito de tensa hibridez. A partir de ese trasfondo emergía un sutil discurso social que, en los poemarios posteriores, se combinaba con la plasmación de distintas formas de violencia, entre las que descuellan la ejercida sobre el cuerpo femenino y sobre un país que, en los albores del nuevo milenio, parece en fuga permanente. Y, sin embargo, incluso cuando su mirada se politiza, la poesía de Flores vuelve siempre a las confrontaciones del decir con el silencio, al cuestionamiento de grandes matrices doctrinarias –nótese la prescindencia de mayúsculas, en sintonía con las prácticas de e. e. cummings– y, sobre todo, al erotismo como brújula, acaso enunciando en clave oscura la tensión entre la dispersión y el ansia de reintegración que define nuestros tiempos.

Esa imperiosidad del deseo y los afectos se transparenta en su poemario más reciente, *absoluto* (Madrid: Kálathos, 2025), en el cual me concentraré. No conviene hacerlo, eso sí, ignorando sus afinidades con uno de los conjuntos que lo precede, *la desalojada luz de la tarde*. Entre las cercanías destaca un cariz memorioso, casi proustiano. Con ello me refiero a la intervención de estímulos sensoriales capaces de desencadenar oleadas de vívidos recuerdos; una introspección minuciosa y expansiva acerca de cómo vivimos e intuimos nuestra trayectoria en el tiempo; un análisis detallado de la conciencia, los sentimientos, los matices emocionales y las contradicciones internas; el avance de todo lo anterior más por asociaciones libres que obedientes a una lógica de causas y consecuencias. Algo narrativo había, de hecho,



MARÍA ANTONIETA FLORES / ©VASCO SZINETAR

en *la desalojada luz de la tarde*, no solo por lo que tenía de *recherche*, sino por sus similitudes con el *nouveau roman*, en particular debido a una anécdota carente de linealidad clara y personajes cuyas motivaciones internas son inciertas, aunque no su anclaje emocional en objetos del mundo exterior y ciertos escenarios, descritos con minuciosidad casi obsesiva, hasta llegar a tener casi más relevancia que los seres humanos. Ello con una evidente fragmentación espaciotemporal que refuerza la indeterminación de los actos repetitivos, circulares que presenciamos: una mujer –vallejianamente se usa un nombre que coincide con el de la poeta: María Antonieta– entregada a la rememoración mientras los sabores del vino y los aromas del café se entremezclan con fugaces imágenes de la pubertad, de un hombre en un patio y de un atardecer.

*absoluto* comparte con su predecesor la construcción unitaria –así esté subdividido en secciones autónomas– y el aire de ser una épica menos de acciones concretas que de lo que de estas extraen los sentidos o la sensibilidad. Un “anillo” mencionado en las primeras páginas encontrará correspondencias en “aretes”, objetos asociados, en acápites, a una fragua y a un orfebre –suerte de demiurgo gnóstico o trasunto del “pequeño dios” huidobriano– y, en los versos, a la pareja de la que parece hablarse continuamente. Al igual que en el volumen de 2024, vislumbramos una vaga historia que está reconstruyéndose en el recuerdo, difuminada, no obstante, por el detenimiento con que se rehace el arco de lo amoroso, el desmenuzamiento de los lances previos y posteriores a la pasión. El arte de excavar en los pormenores acaba restándoles su función en la trama y nos enfrenta con los embates de una pasión exenta de sujetos que la protagonicen.

La historia subsiste, solo que reducida a impulsos esenciales. En la primera sección, que da título al libro, surge, *in medias res*, un tú unido a un él sin que sea posible discernir lo metafísico (luz) de lo físico (encajar, noches primitivas):

*has bajado brusca sobre el incendio  
con un anillo de luz que te ha atado  
a otro  
tu opuesto deslumbrante  
gimiente  
[...]  
porque se han encajado  
en presente continuo  
y cada bocanada que exhalan tú y él  
son noches primitivas sin fuego  
ni luna* (pp.13-14)

Ese eros encarnado en la pareja luego se expande, coloniza el cosmos, sin que tampoco distingamos dónde comienzan los individuos y dónde su entorno: “amenazados por la tala y la violencia / son amantes árboles / con raíces entrelazadas / con fe en los anillos que marcan el tiempo / desplegado sobre la tierra” (p.16). ¿Se relacionan esos anillos con el de la pareja?, cabe preguntarnos. De los amantes al mundo, la progresión nos lleva de inmediato al instrumento o a la fuente de todos nuestros abordajes de lo real; me refiero al lenguaje, inextricable del eros: “nadie conoce el lenguaje de las raíces / sus vibraciones mínimas que se expanden / como un látigo de luz / bajo la tierra” (p.17), y capaz de juntar los contrarios: “alimenta a la mujer yacente para ser amada / con el lenguaje subterráneo de las estrellas” (p.18). Como clave de la totalidad, los signos regresan a los sujetos que los generan: “fornican las palabras / enredadas en tu piel / tu lengua hecha aspereza / que te despega la carne” (p.19). Y, mientras se completa el recorrido, los poemas, para ajustarse al título de la primera sección y del volumen, incorporan, por supuesto, las pulsiones tanáticas,

que hemos de sospechar también salidas de la fragua del orfebre:

*recuerda que vas a morir  
avisan las calaveras*

*en blanco tus ojos miran caer la luz  
en tu carne abrasada  
por su saber* (p. 19)

*memento mori memento vivere  
canta el violento cortejo de cupidos  
escapados de postales del siglo XIX* (p. 20)

En este punto ocurre algo infrecuente en la poesía de Flores, la paráfrasis explícita de filósofos o escritores más propia de una poesía culturalista y argumentante que de los hermetismos de la suya:

*los imaginados suplicios  
invocan los deseos  
la sangre derramada más adentro de las venas  
una porción de la desesperación  
calcina cada palabra  
desconocida  
en la noche abierta  
bajo la doble llama de Paz  
los ojos escapan a ese lugar sin culpas  
ajeno a Bataille interdicto* (p.23)

El gesto introduce una insoslayable distancia irónica, pues hemos de reconsiderar toda la exaltación del deseo cantada hasta aquí como fenómeno discursivo, no ingenua confesión. A Octavio Paz y Georges Bataille se suman después Anaïs Nin, José Lezama Lima y Gonzalo Rojas (p.24): el erotismo recibe no solo un tratamiento ficticio –en lo que la lírica tiene de ficción–, sino que a ello se agrega su tratamiento como asunto. La verbalización del universo de la que hablaba uno de los poemas se materializa en la enunciación: el o la amante es un ser reflexivo. ¿Habría existido realmente la pasión? ¿O se nos insinúa, más bien, que es un proyecto, la idea que nos hacemos de ella?

Relevante en ese sentido es Bataille, quien sostenía que el erotismo no se define por la sexualidad, sino por la infracción deliberada de prohibiciones, ya que cada sociedad crea tabúes para mantenerse estable. De la transgresión consciente de límites brota una intensidad casi religiosa. La pérdida de sí que se experimenta en el orgasmo, la disolución momentánea de la identidad personal, constituye una temprana iniciación en la muerte, el contrario dialéctico que permite que entendamos la vida: el *memento mori memento vivere* del poema de Flores evoca esa tesis. No menos se vincula con otra de las premisas fundamentales de Bataille: si los seres humanos se creen emancipados y contenidos por un yo, la disolución que viene con la “muerte” erótica propicia una continuidad con el prójimo y con el mundo. *absoluto* había estado dramatizándolo hasta el momento en que su trama filosófica se devela y nos percatamos entonces de por qué las sensaciones más potentes dan asimismo la impresión de ser ajenas:

*es una duda si se vive el instante  
el día  
el orgasmo de los crisantemos*

carpe diem (p.31)

Las otras secciones del libro tocan las materias y los modos de tratarla que he discutido hasta ahora, pero rompiendo la secuencialidad narrativa: más excursos que continuaciones. “la pausa”, por ejemplo, delinea las fases del encuentro amoroso, casi deconstruyendo lo que en la parte previa había sido un torbellino extático. Con la ironía

que he recalcado hacia el final de “absoluto”, los intertítulos plantean una “precuela o el relato de lo que aconteció antes de las cenizas” (p.37), una “precuela del cuerpo” (p. 40) o una “secuela de los cuerpos” (p. 42), y, por si la dimensión metalingüística no se hubiera captado aún, uno de los poemas nos remitirá a pasajes anteriores del libro:

*caminar sin dudar y sin mirar atrás  
es la recomendación anotada  
en el margen de la página 27  
y debe seguir hasta que el camino verde se torne  
y los árboles se curven de alegría  
allí podrá soltar la mano de su compañero* (p.38)

La recomendación se encontraba, en efecto, al calce de la página 27 y hasta este instante era solo explicable como uno de los enigmas que abundan en la obra de Flores.

“la pausa” recupera, además, el anillo y los aretes de “absoluto” –la labor del orfebre–, recurrencia que nos hace adivinar la rearticulación memoriosa de una pasión desvanecida (p.47). En efecto, la tercera sección del volumen, “el amor aburrido y la indolencia”, registra el envés del caos o la urgencia emocionales en que *L’Amour et l’Occident* de Denis de Rougemont cifró la definición del amor que la cultura occidental adoptó a partir de la Baja Edad Media. El amor feliz tras-pasa la mayoría de estos poemas. Uno, particularmente notable, se titula “hartos de conocerse”:

*en los ojos  
la luz crepita*

*ya costumbre  
ya fuego del hogar* (p.71)

Naturalmente, la disipación del éxtasis trae consigo la “rutina” (p.78), el “desamor” (p.84) y, con este, el empedernido recuerdo de la pasión –“con reliquias se dibujan las palabras” (p.99)– seguido por la irremediable nostalgia:

*la misma postura  
silencio tras silencio  
hasta quebrar los cuerpos  
la imagen de los cuerpos  
en una respiración acompasada  
por la luz que nos preserva, amor* (p. 102)

La sección “potencias magníficas” abstrae mucho más la meditación nostálgica puntuada por tres remisiones clave. Una es clásica: “todo es asunto de las transformaciones / así como enseñó Ovidio / todo vuelve a lo vegetal o a lo animal / entre los vientos violentos y la canícula” (p.105), lo cual nos aconseja asimilar incluso el eros más incendiario en las rutas de lo natural, aunque tal certidumbre se vuelva diáfana solo páginas después: “hemos aproximado nuestros pensamientos / a la piel de esta tierra que nos ha resguardado” (p.108).

Otra alusión literaria refuerza los pactos entre la vida, el lenguaje y el orbe una vez que el primero de estos elementos es pasto de los recuerdos: *así aguardamos para emerger una sobre uno uno sobre una y todo como un solo brote que abre y deja ver dos hojas*

*anoche tus ojos recordaron los versos de Liscano*

soy el gallo de lumbre que te seca y te enciende y te convierte en ceniza en humo y en distancias

*mientras yo te pronunciaba* (p.109)

La última referencia aparece en un poema titulado “Anaïs Nin dibuja tres signos en el cielo con una pluma de plata”, comienzo de una transición hacia la sección final del libro, “la estrella de la mañana”, que reinscribe lo que hemos leído en una especie de cosmología de lo ínfimo –“diminuto mundo que se expande en la mirada / y palpita” (p.117)–, cuyas secretas fórmulas, según se dictamina, “tendrán la vida y la muerte”. El par de versos conclusivo tiene la eficiencia lapidaria de las maldiciones nefandas o las revelaciones numinosas:

*ningún lugar resguarda  
el tiempo se ha disuelto*

Acabar con ese vistazo echado a la naturaleza y a la vastedad que precede, excede y borra los confines de lo social o cultural, en la cual las coordenadas que trazamos para fundar la realidad se mitigan, contribuye a que reevaluemos las proporciones de nuestra experiencia. Las grandes pasiones, los grandes desencantos, lo tenido y lo perdido son piezas de la misma maquinaria y encuentran su lugar en un Todo-Uno del que no podemos separarnos pese a la narcisista ilusión de nuestra individualidad independiente. Pertenece-mos, como los demás seres, ideas, sentimientos, cosas y espacios, a la inhumana y armónica vorágine de lo absoluto. ☛

CRÓNICA >> POR LOS CAMINOS DE VENEZUELA

# Barinitas, desde Enriqueta Arvelo Larriva

"Barinitas no es en su poesía un aire ni un sentimiento locales, es un poco un pájaro, un río, una flor, pero también una metáfora de la pena y desolación interior, una frontera estética y una angustia de ser, es esa música del modernismo que se hace en ella dolencia de ser y 'pentagrama astillado'"

DOUGLAS BOHÓRQUEZ

Salgo de Valencia mientras escucho la voz del poeta español Ángel González desde el reproductor de mi auto. Golpea el viento contra los vidrios y las puertas. Voy a Barinitas, porque allí vivió Enriqueta Arvelo Larriva, una de las más altas voces de la poesía venezolana. Nada conozco de este pueblo salvo las ambiguas referencias que me ha dado su poesía. Su palabra, de intensa resonancia personal, me acompaña. Hay un río, hay árboles, hay pájaros, pero es una naturaleza de una belleza íntima que discurre entre el sueño y la vigilia. Aún recuerdo la sorpresa y fascinación que me produjo la primera lectura de sus poemas y la extrañeza al saber que vivió en Barinitas, un escondido y aislado pueblo venezolano situado entre el llano y la cordillera andina. Me incita la curiosi-



ENRIQUETA ARVELO LARRIVA / ARCHIVO

dad de conocer este pueblo apenas insinuado con sus inaugurales palabras modernas entre el viento, los pájaros e inciertos parajes cercanos a un río. ¿Cómo pudo realizar esta poeta en las condiciones de la vida provinciana de una distante comarca de inicios del siglo XX, una de las más importantes obras de la poesía continental? Su lectura me incita a conocer ese otro país del luto y la vergüenza, pero también de lo infinito y lo invisible que destella en su poesía.

Son las once de la mañana de un hermoso domingo de septiembre de

1999. La carretera que me conduce lejos de la ciudad serpentea como un insensato pensamiento. He leído que en Barinitas comienza el llano venezolano, pero que es parte también del piedemonte andino. Imagino que las tardes pueden tener en los patios de sus casas un ligero color amarillo y que el viento de las montañas refresca los cálidos mediodías llaneros. Quizás se pueda escuchar hacia la tarde una nostálgica canción en alguna gran hacienda mientras el capataz da la orden de encerrar el ganado. Me dirán probablemente que en esa ha-

cienda cantó un legendario coronel muerto en las fratricidas guerras de la Federación y que su melancólica voz se deja escuchar algunas noches. Todo esto pienso mientras continúo el viaje. ¿Cómo será la Barinitas real que apenas insinúa la poeta “inquieta y sumisa” en sus palabras?, ¿cómo serían sus días habitados de soledad y “una latiente muchedumbre de angustia”? Su verdadero hábitat debió ser un esquivo reino de palabras ase-

diado por un secreto ritmo onírico. De todos modos quiero imaginarme un pueblo bello y tranquilo, al borde de ese río que como un “cristal nervioso” se manifiesta en su poesía tamizado de angustia y esperanzas. Pero la imagen que me devuelven sus palabras es la de una Barinitas asaeteada por fantasmas interiores, por el desasosiego y la soledad, distante por lo tanto de toda visión idílica o de postal costumbrista. Sé que también detrás de su poesía pequeñas o grandes tragedias personales o familiares dejan sentir su vago rumor. Sabemos que hubo en su vida esa dolencia profunda de la prisión de su hermano mayor Alfredo de quien recibiría el don de la poesía, como si de una extraña herencia familiar se tratara. Pienso sin embargo que aunque la deslealtad y la muerte vistan cada cierto tiempo sus insolentes maneras, siempre contra los muros estallará el sol en Barinitas. De algún modo la poesía de Enriqueta Arvelo Larriva parece constatarlo.

II Cuando llegué a Barinitas mi primera noción de un cierto encanto bucólico, se rompió definitivamente. La imagen de pequeñas casas alineadas unas contra otras, incómodas, como pidiéndose disculpas y permiso, me interrogaba. ¿Dónde había llegado? No era esta definitivamente la Barinitas que yo había imaginado o vislumbrado desde la poesía de Enriqueta. Cuando pregunté por su casa me mostraron unos escombros, un

espacio en derrumbe. ¿Dónde estaba el aura de la poesía de los Arvelo?, ¿dónde el río de la poesía de Enriqueta? Lo que yo veía en aquellas maltrechas calles y casas no era sino el infamante rostro de la pobreza. ¿Había vivido allí Enriqueta Arvelo y aún incluso su querido hermano Alfredo? Apenas estuve una mañana en Barinitas, pero lo que vi fue determinante. ¿Cómo había logrado Enriqueta Arvelo en aquellas deprimidas circunstancias sociales y económicas de su pueblo forjarse tan educada sensibilidad? Sin duda la lectura de poesía le permitió imaginar otros horizontes habitados por la esperanza, pero amenazados por la premonición y la tormenta. Ahora sé que su verdadera casa solía habitarla el ángel terrible, perturbador y sublime de Rilke.

Poco se sabe de la vida de esta poeta. Poco se ha escrito, pero su poesía despliega la belleza de una modernidad que su pueblo no podía darle. En la invención de un universo propio, en su lenguaje poético sobrio y elegante, autónomo en su capacidad de emocionarnos, está quizás la grandeza de su poesía. Su giro renovador está allí: en la concisión y a la vez ambigüedad y poder de su lenguaje para transmitirnos su respiración interior. Es eso lo que hace que su poesía sea absolutamente moderna. Barinitas no es en su poesía un aire ni un sentimiento locales, es un poco un pájaro, un río, una flor, pero también una metáfora de la pena y desolación interior, una frontera estética y una angustia de ser, es esa música del modernismo que se hace en ella dolencia de ser y “pentagrama astillado”.

Fui a Barinitas para encontrarme con Enriqueta Arvelo Larriva. Solo vi unas paredes en ruinas, una aridez del paisaje, una deplorable belleza local. Sentí una silenciosa queja, una dolida manera de ser. Ahora sé que la Barinitas de Enriqueta, la que no pude ver, pertenece al oculto linaje de su infancia, de su poesía y de sus sueños. ☾

POESÍA >> PRESENTADA Y TRADUCIDA POR ISABEL TERESA GARCÍA

## Las formas de la muerte: tres poemas de Amalia Guglielminetti

"Amalia es independiente, irónica, rebelde, crítica, sufragista, feminista sin querer serlo y sin renunciar a su feminidad, una eterna inconforme"

ISABEL TERESA GARCÍA

Amalia Guglielminetti nace el 4 de abril de 1881 en Turín, Italia, y muere el 4 de diciembre de 1941 en el mismo lugar. Cuando tiene veinte años, publica sus primeros versos y, poco después, es reconocida en el mundo literario por su poemario *Le vergini folli* (1907). Desde ese entonces y hasta 1935, escribe con regularidad poesía, narrativa y teatro. Contemporánea de Guido Gozzano –a quien amó sin ser del todo correspondida–, de la nobel Grazia Deledda, y de Gabriele D’Annunzio, es considerada “la única poetisa de Italia” por este último.

A pesar de su éxito como escritora y editora, su vida se ve marcada por el escándalo y la incomprensión en una sociedad que condena a las mujeres que rechazan las convenciones prescritas para su género. De hecho, debido a su forma de vestir, su independencia, su libertad en el trato con los hombres y su modo de escribir sensual, Guglielminetti es frívolamente tachada de *femme fatale*, incluso en



AMALIA GUGLIELMINETTI / BIBLIOTECA AMBROSIANA

los círculos intelectuales.

Amalia es independiente, irónica, rebelde, crítica, sufragista, feminista sin querer serlo y sin renunciar a su feminidad, una eterna inconforme, un ser complejo y maravilloso que no puede (y no quiere) ser encasillado en una categoría. No en vano la escritora se autodenomina “la que va sola” y sus publicaciones causan revuelo. Entre estas destacan su revista *Le Seduzioni* (1926) y la novela *La rivincita del maschio* (1923), que le valió una acusación por el delito de atentar contra las buenas costumbres.

Pero a Guglielminetti se la conoce, sobre todo, por su poesía. Son tres sus poemarios: *Le vergini folli*, un libro de sonetos que explora el tema de la virginidad en todas sus formas y proyecciones; *Le seduzioni* (1909), poemas

sensuales de gran madurez lingüística y literaria dirigidos a un interlocutor (probablemente a Guido Gozzano); y *L'insonne* (1921), poemario profundo en el que el amor adopta diversas figuras masculinas y femeninas con total libertad pero con un tono de resignación ante la soledad irremediable a la que están sentenciados todos los seres humanos. Muy en la tónica de *La crise de l'esprit*, de Paul Valéry, donde se describe la fragilidad y la desilusión del hombre de posguerra con aquella memorable y tajante revelación: “*Nous autres, civilisations, nous savons maintenant que nous sommes mortelles*”.

Lamentablemente, su obra había sido olvidada hasta hace pocos años cuando algunas editoriales italianas volvieron a publicarla. Su traducción al español es importante porque es una obra de valor literario e histórico que fue escrita por una mujer que no se conformó con cumplir un rol tradicional y que, además, trató con especial sensibilidad algunos temas tabúes.

A continuación, tres poemas de *La insomne* reunidos bajo el título “La sombra de la muerte”. En italiano, estos versos parecen carecer de rima. Guglielminetti la esconde convirtiendo cuartetos de métrica 7 – 9 – 7 – 9 y rima *abba* en disticos hexadecasílabos. En mi versión, les di prioridad a las imágenes y prescindí de la rima. Sin embargo, recuperé la métrica y la prosodia inspirándome en el poema “Un pintor reflexiona”, de Ida Vitale, que no tiene rima, pero todos sus versos son heptasílabos. Así, decidí recurrir a los octosílabos –tan familiares y musicales en nuestra lengua– y, como Amalia, terminé convirtiéndolos en disticos hexadecasílabos. ☾

### La sombra de la muerte

#### La muerte divina

Orlas de nube en el cielo suspendidas sobre el mar;  
tú sobre la arena clara, tu cabeza en mi regazo.  
Las rocas filosas rompen olas en juegos de espumas  
al claro de luna lívidas, una es cinta otra es rocío.  
Con dientes puros sonrías al cielo sin astros; velo  
tu rostro supino en medio del tenue vapor salino.  
Tregua. El cielo está más claro, el mar palpita más suave,  
sobre su ritmo te entonan serenos ritmos de versos.  
Al encanto te sometes. Tus manos bajo la nuca.  
En tus ojos creo ver el nacimiento de un llanto.  
Silencio. Encima de ti, apenas, te escucho hablar.  
Dices: —En este momento morir sería divino.

#### La muerte pasajera

A veces también se muere sin quebrantar la existencia,  
sin violencia o golpe alguno, en despacioso sopor.  
Poco a poco, un día advierto la vastedad de la ruina  
que hay en mí, que todo es vano, que la helada me circunda.  
La vida la llevo puesta como vestidura ajena  
que no puedo deponer y con gran desdén arrastro.  
Náuseas profundas me da la mujer de falso rostro,  
el hombre en cuya mirada no se esconde el animal.  
Algunas veces yo misma me doy tan horrible lástima  
que mi orgullo se desata, salta ajado y se rebela.  
Termina el estancamiento. Me vuelvo a vestir, con calma.  
La existencia, a mi manera, vuelve a componerse, o casi.

#### Camina

Estaba a orillas del mar de sombra ya violeta:  
solo una manta de seda cubría mi cuerpo entero.  
Mis pies desnudos marcaban la arena suave y en torno  
moría el día cansado casi exhausto del hastío.  
Carcomida de desgana, me decía yo: —Camina  
delante de ti y arrastra tu túnica larga y rosa.  
Camina paso ante paso, hasta sentir la ola fría,  
no temas si los tobillos se hunden en el agua baja.  
Camina hasta que se suba a tu cintura, a tu pecho,  
camina decidida hasta sentir un sabor a sal.  
Camina y contigo el tedio de hoy y mañana se esfuma.  
Camina que como un hilo de alga la mar te devora.

POESÍA >> ALJIBE PROPIO DE ROWENA HILL (DCIR, 2025)

# Aljibe propio

“Rowena Hill, en poemas delicados y precisos, no carentes de cierto pragmatismo anglosajón, expone la lucha de una conciencia que vive en 'el hoyo de la vejez', abocada al final –y, por lo tanto, a la cohabitación diaria con los sueños incumplidos y el yo roto, con la decadencia y el desahucio”

EDUARDO MOGA

**A** *ljibe propio* se dispone en tres partes, “Presencia”, “Precariedad” y “A tientas”, como una escalera con tres descansos, como un descenso –o un ascenso, quién sabe– al extremo de la vida que es la muerte. En las tres se materializa la conjunción de lo vivo y lo que vacila, de lo que fulgura todavía y lo que anuncia, o es ya, oscuridad. Los dos motivos de la primera parte, el río y la luz, son, a su vez, los principios rectores de todo ser vivo: el agua y el sol, la madre y el padre, el nacimiento y la energía. “La vida es flujo”, dice Rowena Hill, recordando a Heráclito; y también que los milenios “construyen terruños en la luz / donde el corazón puede descansar”. La afirmación de estos principios vitales, fluidos y fugitivos, creadores, convive con la de sus contrarios: con todo aquello que inmoviliza y agosta: cadenas, arenas, sogas, sequías; y la luz se vuelve negra, como quería el salmista: oscuridad como luz. En esa tiniebla luminosa, suceden muchas cosas. Revolotean los ángeles, por ejemplo. La poeta no teme la contradicción, porque ningún poeta la teme y porque la

contradicción está en la naturaleza: en la inacabable creación y destrucción de todas las cosas. “Precariedad” transforma la dualidad cósmica planteada en “Presencia” en conflicto existencial. La poeta es ahora lo que fluye y escapa, lo que experimenta todavía, como decía Borges, el olvidado asombro de existir; pero siente ya los bordes del tiempo, las dentelladas fatales del muro –o del abismo– que se acerca. Rowena Hill, en poemas delicados y precisos, no carentes de cierto pragmatismo anglosajón, expone la lucha de una conciencia que vive en “el hoyo de la vejez”, abocada al final –y, por lo tanto, a la cohabitación diaria con los sueños incumplidos y el yo roto, con la decadencia y el desahucio, con los recuerdos que pesan y las pérdidas que arden–, con el *Big Bang* que perdura, con el vigor concupiscente de la Tierra, con Gaia –Gea: la diosa ctónica, la madre ancestral–, feraz de plantas y flores, de árboles y mares, de aves y volcanes. Frente a la condición escindida del yo que habla en estos poemas, Hill reclama el arraigo en la naturaleza, volverse árbol para buscar la luz, hacerse río para absorber el fulgor genésico del sol, abrazar la plenitud de la vida –hecha no solo de realidades montuosas, sino de menudencias exultantes: de “hojas, / tallos, panículas, brácteas / y zarcillos enroscados”, de heliconias, zinnias, sábilas y rosas– para esquivar el abrazo helado de la muerte. Porque la muerte ronda, más aún, se hace presente a cada instante y nos mira con “ojos de langosta”, y así lo asume la poeta en la tercera parte del libro, “A tientas”: “¡Aquí viene Muerte!”, grita Hill, encabezando cada una de las tres estrofas del poema “Igualdad de géneros”: *Here comes Death!* La reivindicación de la vida individual lo es también de la vida toda: del mundo, al que hay que defender de la implacable depredación humana. Fausto, en la selva –así se titulan dos poemas de esta última sección del libro–, simboliza ese pacto con el diablo, esto es, consigo mismo, que ha convenido el hombre para su perjuicio; un pacto en virtud del cual “saltan gérmenes al entorno, / los árboles en fila se marchitan, / caen pájaros muertos en el aire. / Fausto se encoge y ahoga”. *Aljibe propio* es un libro de recapitulación y finitud. Un poema, “El resumen de mi vida en un



ROWENA HILL / ©VASCO SZINETAR

mundo en descomposición”, compendia, incluso, los hechos de la vida de la autora. Pero la despedida de la vida que es este libro, no está reñida con la serenidad, ni con el disfrute de los placeres, ni con la defensa de cuanto merece amparo. El espíritu crítico de Rowena Hill se decanta, ahora

–aunque lo ha hecho siempre, en realidad–, por exigir respeto para lo que nos alumbra y nos alimenta. Y por enarbolar la llama de la vida, que, pese a sus agujeros, pese a los vientos oscuros que la zarandean, sigue resplandeciendo, doliente y recién nacida. ☼

POESÍA >> ALJIBE PROPIO DE ROWENA HILL (DCIR, 2025)

## Rowena Hill: “Mi única intención hacia los demás es la de compartir”

“La poeta y la traductora son bastante independientes la una de la otra. Algunos poemas que traduzco dejarán una estela en mí aun sin yo reconocerlo, pero no estoy haciendo conexiones, enfrento los poemas para traducir como cosas aparte, que reconstituyo según sus propias reglas”

EDDA ARMAS  
Y MARÍA CLARA SALAS

*Aljibe propio* es un poemario con poemas de escritura reciente, habiendo publicado siete poemarios anteriores de tu autoría, el primero *Celebraciones* en 1981, es decir que tienes un camino de creadora en la poesía recorrido de 44 años. ¿Cómo y en qué circunstancia se dió tu encuentro inicial con la palabra poética? Mi encuentro inicial con la palabra poética fue en la infancia, con las poesías y canciones infantiles que me gustaban por sus ritmos, sus rimas y sus juegos de palabras. Mis primeros poemas me salieron entonces –hace más de 80 años. Después algunos en la universidad, siempre en inglés, donde ya tendría la influencia de la gran poesía inglesa, sobre todo de los románticos del siglo XIX. Y luego en Italia y en italiano, provocados por cosas vividas. Nunca pensé en publicar hasta llegar a Venezuela, a Mérida, donde algunos amigos me animaron a hacerlo. Los poemas de *Celebraciones*

me nacieron por la alegría y el asombro de descubrir mi nuevo lugar en la tierra, y mi español era todavía muy básico. Siempre tiene muchas lagunas, pero me ha servido para enfrentar temas más complejos. ¿Qué aspecto del poema valoras más: la imagen, el ritmo, el tema o mensaje a transmitir, u otro? Es difícil decir qué aspecto del poema valoro más. El tema será algo que me importa, que me provoca articular en palabras, pero nunca pienso en transmitir un mensaje. El ritmo es primordial, sin ritmo concentrado un texto no es poema. La imagen es el aspecto que más fácilmente se traduce, porque se puede reconstruir en palabras. En realidad todos esos aspectos son inseparables. Me importa que haya algo de música, aunque sea pedestre. ¿Cuándo escribes poesía? ¿En qué idioma escribes? No tengo hora para escribir poesía, ni lo hago con mucha frecuencia, sobre todo ahora que la vejez va borrando facilidades mentales. He tenido momentos de inspiración intensa, cuando he escrito mucho y a cualquier hora, y otros largos periodos de no escribir nada. Escribo entre español e inglés, un poema puede nacer en cualquiera de los dos idiomas y va evolucionando en ambos. El lugar por supuesto influye. He escrito a menudo durante mis viajes, cuando las percepciones eran frescas, pero un lugar particular para escribir lo he tenido en Venezuela, en mi finca *Los Rastrojos* en el páramo, un lugar silencioso y salvaje donde pueden aflorar los pensamiento más profundos. Eres una muy fecunda traductora de poesía, ¿cómo conviven en ti, la poeta y la traductora? ¿Se te da escribir tu propia poesía en el tiempo de traducción de un poemario de otro? La poeta y la traductora son bastante independientes la una de la otra. Algunos poemas que traduzco dejarán una estela en mí aun sin yo reconocerlo, pero no estoy haciendo conexiones, enfrento los poemas para traducir como cosas aparte, que reconstituyo según sus propias re-

glas. Para mí, mi deber como traductora es el de ser lo más posible fiel al original. Has sido traductora de la obra poética de Rafael Cadenas, Eugenio Montejo, Igor Barreto, de más de 25 poetas venezolanas, de mujeres poetas de la India, e imaginamos que cada obra te ha significado un reto exigente y distinto. ¿Cuál ha sido el más complejo o el más gratificante? Lo mejor de mis labores de traducción ha sido que muchos poetas se han convertido en mis amigos. Tú misma. Y Rafael Cadenas con quien pasé largas horas revisando cada verso de los *Poemas Selectos* que publicó bid&co. Igor Barreto, que se quedó en mi casa para revisar problemas que tenía sobre todo con algunos términos llaneros. La primera palabra que le consulté fue el nombre de un pájaro, *ciéntaro*, y hasta el día de hoy no sabemos bien a qué pájaro se refiere. En la India también pude acercarme a algunos poetas, sobre todo a Mudnakudu Chinnaswamy, un poeta “intocable”, a través de quien he podido entender más vívidamente las injusticias de este país supuestamente tan espiritual. Prejuicios que afectan también a las mujeres, aunque las poetas que he traducido escriben, también con gozo, de muchos aspectos de sus vidas. Traducir del kannada, el idioma del estado Karnataka donde he vivido en varias etapas, es por supuesto muy diferente de traducir del español. Allá resaltar las imágenes fue fundamental, y tratar de dar a los versos un ritmo apreciable aunque muy diferente del original. También buscaba de alguna manera una “voz” en mi traducción para cada poeta, cosa que sucede automáticamente por las palabras mismas cuando estoy trabajando con el español. Recientemente afirmaste que toda su poesía es telúrica. Lo telúrico lo asociamos con la tierra, al ser profundo, subterráneo. También al movimiento telúrico como liberación de energía. ¿Tratas intencionalmente de mover a los demás, de estremecerlos a través de tu poesía? No sé si fui yo que usé la palabra telúrica en esa

entrevista, aunque sí, me interesa lo subterráneo, lo submarino, también como imagen del subconsciente y sus crías, como en el poema *Salto* que leí. Terrenal sí. Me interesa la relación entre los elementos pesados y la luz, que percibo como en los poemas sobre el río en este libro. Siempre contemplo también la luz. También lo tranquilo y pausado existe en tu poesía, pensamos en un poema como *Beatrice* o el texto sobre la amapola azul y muchos otros. ¿Esa diversidad de registros responden a los llamados estados de ánimo de un poeta, o son producto de una escritura elaborada y consciente? La diversidad pertenece a mis estados de ánimo, que creo no son solo del poeta. Elaboro los poemas buscando la fidelidad a una percepción, visión, sensación de un momento y las asociaciones que atrae. Mi única intención hacia los demás es la de compartir. El poeta y crítico literario español Eduardo Moga, expresa en el prólogo de *Aljibe propio*: “La reivindicación de la vida individual lo es también de la vida toda: del mundo, al que hay que defender de la implacable depredación humana”? ¿Fue esta una de las premisas a desarrollar en este libro? ¿Qué poema del libro que conecta con esta preocupación? No fue explícitamente una de las premisas porque, como dije antes, no concibo la poesía, mi poesía, como mensaje, pero seguramente está en mí como impulso para todo lo que escribo. Para mi la defensa de la vida, de la tierra, es el reto más urgente que enfrentamos. A estas alturas de tu vida ¿quién es Rowena Hill? ¿Te interesan los temas relacionados con la identidad personal? A estas alturas de mi vida, Rowena Hill es la suma de todos sus recuerdos en un cuerpo que tiene siempre más fallas y un anhelo por un renacimiento de lo humano. A propósito de lo cual soy pesimista. Sé que se está escribiendo mucha poesía relacionada con la identidad personal, en muchos casos reclamando por injusticias, pero a mí personalmente no me interesa ese tema. Yo había decidido hace mucho no escribir más en primera persona, pero los poemas de *Aljibe propio* me salieron así. Espero que se reconozca que la voz en la mayoría de los textos no es tanto de un “yo” como de un instrumento para grabar relaciones con las dimensiones del ser. ☼

POESÍA >> PERTENECEN A BOTADERO (EDITORIAL PRE-TEXTOS, ESPAÑA, 2025)

# Poemas de Luis Enrique Belmonte

## Área restringida

No siempre gana distancia  
el hombre que más camina, dice el camillero  
mientras surcamos  
por los pasillos que conducen  
a los ascensores del sótano:

ÁREA RESTRINGIDA.

Una papada parlante, apoltronada  
en su propia silla de ruedas, dice que Clint Eastwood  
es alérgico a los caballos

y al humo del tabaco.

Es necesario regular el tráfico  
en las intersecciones.

Una cosa es lo que uno se imagina  
cuando se toma una foto  
al borde del derrumbadero, y otra muy distinta  
es lo que sucede en el revelado.

No saber dónde se revela  
el contenido  
de la mente de uno.

Acaba de pasar un carromato; se detiene  
en mitad del pasillo y recoge  
a unos banqueros vestidos  
con batas de polipropileno azul,  
que esperan turno  
para la proctoscopia, mientras intercambian  
cromos de los equipos de fútbol de segunda división  
que alguna vez compraron  
o vendieron.

Seguimos rodando sobre este galeón maltrecho  
conducido por el audaz camillero, siempre presto  
en su tonada.

Esperamos el ascensor que conduce al lugar  
donde se cuecen los mondongos  
y se revelan los pronósticos.

ÁREA RESTRINGIDA.

SOLO PERSONAL AUTORIZADO.

PELIGRO DE RADIACIONES.

Están llegando los miembros honorarios  
del club de los Legionarios, inveterados veteranos  
de la misma guerra púnica; con medallitas y chinches  
clavados en sus pechos y pecheras, maldicen a la bacteria  
que les desgració la vida, a los ductos  
de aire acondicionado, a todas las asambleas,  
congresos y congregaciones.

El camillero dice: *no podemos fiarnos  
de gente cuyos pensamientos  
estén bajo la tutela  
de una bolsa de colectomía.*

De repente se suspenden  
los ayes y las lamentaciones.

Comienza a impacientarse  
el señor que guarda  
plumas de guacamaya  
en un frasco de vidrio.

Entonces todos hablan  
de conexiones cósmicas.

Como la vez en que sonó  
la alarma de evacuación, justo en el momento  
en el que el señor de los aguacates  
había despachado la última  
gota de suero fisiológico.

El camillero anunció  
que caería un asteroide, y entonces cayó  
un cuerpo pesado (como una pelota medicinal)  
desde una camilla descarrilada  
que no pudo frenar a tiempo, dejando en el suelo  
un cráter con forma de bisonte, como un recuerdo  
de las cuevas de Lascaux.

Por eso es necesario regular  
el tráfico en las intersecciones.



LUIS ENRIQUE BELMONTE / ©VASCO SZINETAR

Aquel tugurio en Delft, con barriles de roble  
y un Rey de barajas  
en el centro, encaramado  
sobre un taburete, dándole instrucciones  
al conductor del coche de punto apostado  
para que nos saque de acá  
lo más pronto posible.

Se trata más bien de no perder  
las esperanzas.

El camillero aparca la encomienda  
en el umbral del Gran Pórtico.

En cualquier momento  
se liberan los ascensores, y como si fuese una nave amiga  
que viniese a rescatarnos de una isla  
invadida por entomólogos,  
aparecerá el ascensor número seis frente a nosotros  
y se abrirán las esclusas  
de otro mundo.

Busco óbolos para Caronte  
antes que se abran  
las puertas del ascensor.

Hemos llegado  
vivos (o no)  
a esta segunda o tercera oportunidad.

Ya no sé si estamos cerca  
o lejos.

Nos hablan de mantarrayas siderales,  
un túnel con luz al fondo, escaleras al cielo  
hechas con flautas de bambú,  
etcétera.

En el área restringida  
hay problemas de transmisión  
en la cadena de transmisiones.

Hay una falla de origen,  
un ventetú sin percusión,  
y pantallas encendidas  
con imágenes pixeladas.

Descendemos en un batiscafo  
por aguas silenciosas,  
crepusculares,  
en las profundidades donde habita  
un calamar gigante (Kraken),  
con los ojos abiertos al abismo,  
lejos del sistema solar.

\*\*

## Acontecimientos remotos

El espesor de las palabras será un acontecimiento remoto.

Saludar con la mano será un acontecimiento remoto.

La lectura del horóscopo será un acontecimiento remoto.

La hipnosis será un acontecimiento remoto.

La oscilación de un péndulo será un acontecimiento remoto.

Calentarse las manos con el sol será un acontecimiento remoto.

\*\*

## Confines del mundo

La orina de los excursionistas  
derriete la base del glacial.  
El final del ascenso parece  
una promesa cumplida.  
Miramos, enceguecidos,  
la cumbre, su blanca desmesura.  
Imagen colosal  
de los confines del mundo.

\*\*

## Los poetas que escribían

Dónde estarán los poetas que escribían, con sus bucles,  
sus mochilas, sus latas de atún compartidas,  
en los tabernáculos estudiantiles, en las peroratas nocturnas,  
en los mítines y removidas por un mundo mejor,  
con sus bolsillos repletos de semillas, guijarros,  
servilletas pergeñadas, chapas de botellas,  
yendo de un lado a otro  
sin importarles en cuál rellano  
los fuese a dejar varados la noche.

Dónde estarán los poetas que escribían  
y gozaban un montón  
con sus libritos bajo el brazo, entre las dulces fibras  
de sus dulzainas, hablando  
y hablando bajo una farola rota, sin dejar de componer sus  
diatribas  
con dos acordes de guitarra, y banderas que ondean  
hasta el amanecer, y colillas recicladas, y empanadas frías,  
y el recorrido de vuelta a sus covachas.

Dónde estarán los poetas que escribían.

\*Los poemas aquí reproducidos pertenecen al libro *Botadero* (Editorial Pre-Textos, España, 2025). Luis Enrique Belmonte es poeta, ensayista y narrador. Entre los reconocimientos que ha recibido destacan el Premio Fernando Paz Castillo 1996, el Premio Adonais 1998, Premio IV Bienal Mariano Picón Salas 2005 y Medalla Internacional de Poesía Vicente Gerbasi 2014.



PUBLICACIÓN >> NUEVO LIBRO DE HAROLD ALVARADO TENORIO

# Poemas de Harold Alvarado Tenorio

Autor de una extensa obra como poeta, ensayista, crítico literario, editor, compilador, observador de la política contemporánea y articulista de fuste, Harold Alvarado Tenorio (Colombia, 1945), voz fundamental de la poesía en lengua española, ha publicado *Poemas* (Podenco editor, 2025), del que hemos seleccionado algunos poemas

### Herencia

La única herencia de mi padre  
[dijo Yusuf ibn al-Sayj al-Balawi]  
fue unos grandes testículos.

Qué gran legado, pensó,  
¡qué gran legado!

### Desperdicio

Que el pasado caiga desde nosotros.  
Que sea como agua inútil  
y, además, como agua innecesaria.  
Nuestro pasado vale tres cuartos.  
Vale nada.

### Сталинград

Hasta aquí la música.

Sobre las fronteras rusas  
las ametralladoras.

Pandilla de temerarios  
contra la Madre Patria.

Himno de Francia  
Obertura Solemne de 1812.

### De los goces del cuerpo

Entre el sueño,  
después de los goces del cuerpo,  
cada presencia mira por su ojo,  
cada salida tiene una puerta.

### Redoble

Oye el tambor.  
Las flautas,  
y el brillo reluciente de las telas,  
anuncian la guerra que nos cerca.  
Ven a mí, mírame a los ojos.

### En Salónica

Viajando por Salónica,  
la luz, en la hora más temida,  
ante el llameante brillo  
corre, ligeramente,  
en medio del aire estático  
sobre las estrellas centelleantes.

### Memoria de Holanda

Recuerdo una mañana  
cuando, después del goce de soltero,  
caminaba en el campo  
recorriendo tu cuerpo.  
Aquella noche,  
apagada  
la sed,  
bebimos  
vino  
dulce.

### Llegado el otoño

Llegado el otoño  
declaró su amor.

Esa noche,  
veinte puñales, cercaron  
los ojos de la bella.

Los remordimientos  
le llevaron  
de ciudad en ciudad.

### Sigurd Jorsalafari

Guerreó contra los árabes  
españoles y murió loco.

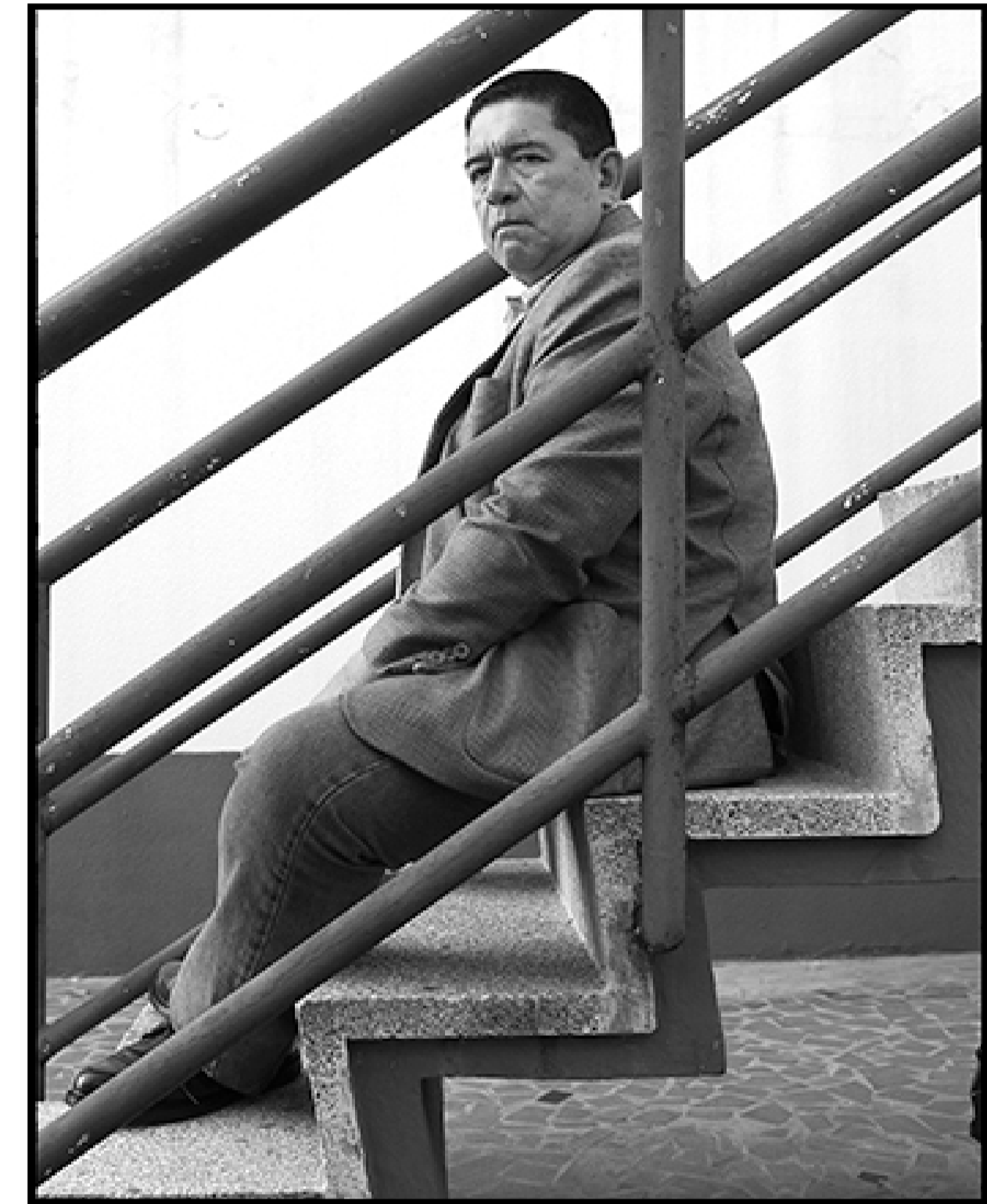
Eso dicen los antiguos  
de Sigurd Jorsalafari  
o Sigurd el peregrino  
o Sigurd el viajero a Jerusalén.

### 1975

La delicia de las cosas  
reposa en el paladar.  
Desgraciado  
quien llegado a los treinta  
solo ha probado un lado del placer  
y gustado solo una caricia.

### Abubillas de Baza

Celestial mensajera,



HAROLD ALVARADO TENORIO / ©VASCO SZINETAR

abejaruco que haciendo un nido  
abrigáis, nutris y quitáis con el pico  
las viejas plumas de vuestros padres.

Abubillas que sabéis de gratitud

### Como en un campo de cáñamo

Como en un campo de cáñamo,  
uno a otro tallo se apoya  
en la mañana,  
y tallarla en el bronce,  
entrada la noche.

### De la aristocracia

De la aristocracia  
queda todo:  
La buena voluntad,  
el amor al prójimo,  
las buenas maneras  
y el calor humano.

Nosotros, los siervos,  
nos complacemos  
en copiar.

### La forma de tu cuerpo

¿Qué dulces ojos,  
qué manos,  
tuvieron la fortuna  
de conocer la fresca  
forma de tu cuerpo  
y tallarla en el bronce,  
para nuestro goce?

### Cuando vengán a casa

Cuando vengán a casa  
para saludar,  
hacer trabajos  
o pedir favores  
trátales como debes.  
No confundas,  
el presente ni el ayer.

Ellos allá y tú acá.

### Taliesin

Yo, Taliesin,  
vasallo de antiguos reyes,  
en un oscuro patio inglés,  
he conocido las voces  
y el grito de los puñales.

Yo,  
Taliesin,  
uno a otro se oprime,  
el más rubio.

### Ella

La que no acaba  
es la vejez.  
La otra,  
la edad de la belleza  
dura un fulgor,  
un maravédí.  
Ni hermosura ni muerte  
importan al viejo.  
Solo estar,  
seguir cayendo.

### Job XII 24

Quita el sentido a los gobernantes del  
[país.  
Hazlos caer en un desierto sin  
[caminos,  
que a tientas vayan en las tinieblas  
[sin luz  
y como beodos yerren.

### Primavera

Primavera golpea las ventanas y el  
[polvo del Gobi  
cubre los objetos con una pátina  
[amarga.

Alguien habla de un lejano país  
[tropical.

La vida es implacable.

El tiempo inexorable.

### Tubinga, circa 1807

Nadie frecuente, ahora,  
esa casa, junto al Neckar,  
donde recordaste tus estudios,  
y tu amor;  
solo dos años.

### Plaza de las Tres Culturas, circa 1968

Amo esos hermosos cuerpos  
[juveniles  
que una vez saciados los deseos  
dejando el lecho húmedo  
con la bandera roja  
entre las manos  
del combate  
mueren.

### Arte y ficción

Como en el arte,  
hizo de su vida una ficción.

Y lo que más amó, el placer,  
lo obtuvo en sueños.

No había realidad  
y si la hubo  
resultó también quimera.

### Dioses

Muchos eran más listos que nosotros.

Cuando les necesitan  
les hacen venir golpeando la carraca,  
trazan sus huellas sobre la arena,  
las flautas hablan sus voces.

Nadie les temía:  
habían fabricado sus rostros.

### Menorca

En la desolación  
el verano  
es una llaga blanca.

Los hombres abandonan  
el campo y vuelven  
a casa sin rostro.

Solo los ancianos recuerdan la luz:  
la vida es extensión,  
una inmensa llanura.

### Zen

La sombra sigue al cuerpo  
condenado a viajar.

Tendrás mi piel.  
Tendrás mi carne.  
Tendrás mis huesos.

Pero el último guardó silencio.  
Tendrás mi médula -dijo-.

Como el polvo del camino,  
la mano sostenía una sandalia.

### Tú

Tú, que has viajado al país de los altos  
[edificios.

Tú, que conoces los sabores del vino  
[extranjero.

Tú, que has oído la música del timbal  
[y de la flauta,  
¿has encontrado, como el mío, corazón  
[alguno?

### Al cerrar la puerta

Desnuda, al cerrar la puerta,  
como recompensa recibías,  
un vano rosario de palabras.  
Dile que vuelva.  
Dile que venga y presente al  
[respetable  
sus magníficas nalgas rosadas,  
la ronca voz  
y la canción de entonces.

### Embajadores

Cuando llegaron a Madrid  
–ricos en prestigio de embajadores–  
muchos fueron sus discursos,  
muchos los aplausos del público,  
mucho el oro y la plata que  
[recibieron.

Cuán inocentes, fueron los antiguos,  
desconociendo el mérito  
de nuestros valores públicos.

### En espera del gran día

Gran vida que das y todo quitas.  
Ni siquiera el recuerdo quedará en  
[nuestros huesos.  
Ni siquiera la música del violín de  
[Mendelssohn.

### La pregunta

Un día preguntaron qué deseaba  
y trajeron aquella que había perdido  
[en su juventud.

Después de siete lunas y siete  
[sonrisas

un hueso de uva  
le separó de sus brazos  
de su perfume  
y sus ajorcas.

### Una barba de Camden

Mientras más te cerque el día  
[definitivo  
mejores goces encontrará la carne.

Busca una joven y cantarás con ella  
lo que une y entrelaza.

A vuestro alrededor,  
jóvenes rozagantes  
se disponen a tocar tus brazos.

CRÓNICA >> A PROPÓSITO DE LA DIFÍCIL BELLEZA DE LAS ESQUINAS

# Leonardo Padrón, de una a otra esquina

Quería ser músico, sin embargo, la vida lo encontró con otros caminos. En el Instituto Cervantes de Madrid presentó su más reciente libro, *La difícil belleza de las esquinas* (editorial Pre-Textos), en diálogo gozoso con los escritores venezolanos Karina Sáinz Borgo y Juan Carlos Méndez Guédez

VIOLETA VILLAR LISTE

Hay ciudades que son avenidas, carreras, calles o esquinas.

En estas avenidas, carreras, calles o esquinas transcurre la vida.

Hay historias que se aferran a las esquinas con el vértigo que significa pasar a la otra esquina, porque a diferencia de una avenida, de una carretera o calle que lleva implícita la sensación de trayecto recorrido, la esquina acoge, recibe y dialoga en su propio tiempo, y así, hasta la esquina o el cruce siguiente.

Cada esquina tiene su propia personalidad. Lo sabe quien ama transitar las ciudades.

El poeta, ensayista, cronista y guionista de cine y televisión, Leonardo Padrón, lo explica de otra forma. Se define como “un animal urbano” a quien le gusta saberse peatón.

De esta pasión nació su necesidad de leer a quienes escribieran del fenómeno urbano.

Se dijo entonces: “La ciudad tiene su propia belleza. La tratamos con aridez, como caos, desorden... y comencé a detener la mirada, porque todo poeta se queda en algún ángulo donde la gente pasa”.

Este repensar la ciudad desde una mirada poética da origen al título de su nuevo libro: *La difícil belleza de las esquinas* (editorial Pre-Textos), una poesía de tono urbano, escrita en voz alta.

El autor venezolano, cuyas esquinas son muy caraqueñas, y muy globales, ha presentado este texto el 2 de diciembre de 2025, en la sede central del Instituto Cervantes de Madrid.

El acto cultural se celebró como parte del programa: Biblioteca al día, un espacio que convoca a la escritura y sus duendes para contar y contarse con el público.

Los escritores venezolanos, Karina Sáinz Borgo y Juan Carlos Méndez Guédez, condujeron las preguntas propias y las del público. El resultado fue un diálogo que se encontró con la historia de la literatura venezolana y universal, con la memoria de los otros, y del uno, ante una audiencia muy venezolana y muy española, mientras las luces de la capital española recordaban que ya es Navidad.

## La magia de las palabras que se encuentran

Juan Carlos Méndez Guédez abrió el conversatorio con el recordatorio del paso de otros escritores venezolanos, entre ellos Rafael Cadenas y José Balza, por el Instituto Cervantes, una institución de importancia internacional, dedicada al cuidado del idioma español.

La presencia de Leonardo Padrón significó dar continuidad, en este caso con la contribución poética, a esta tarea de poner en valor la palabra y sus maneras de significar.



LEONARDO PADRÓN / ©FACUNDO BUSTOS

Padrón, por su parte, celebró que tanto Karina Sáinz Borgo como Juan Carlos Méndez Guédez, lo acompañaran.

“Son dos novelistas presentando a un poeta, eso habla bien del maridaje de los géneros”, subrayó.

Luego, dio respuesta a la pregunta inicial, que procedió de la “esquina” de Sáinz Borgo: “¿Cómo viaja la poesía?”.

“La poesía suele ser una viajera clandestina: tiene unos pasillos secretos, viaja a través de los libreros, de los propios poetas, de los festivales de libros... uno va conociendo la poesía de otros poetas y países.

No viaja en primera clase como la novela; viaja colándose por donde puede. La poesía es un género de culto; como una tribu”.

Su primer estremecimiento memorable con la poesía ocurrió al descubrir al autor venezolano Juan Sánchez Peláez:

“Suenan como animales de oro las palabras...”

Repite esta metáfora de Sánchez Peláez que lo sacude con solo invocarla. “Esa frase me pareció extraordinaria; que las palabras pudieran sonar”.

Fue tanto su deslumbramiento con el poeta, que hizo su tesis de grado sobre su escritura.

Lo visitaba con frecuencia en su casa de Altamira. “Era un poeta químicamente puro”.

En una oportunidad, al llegar a la casa de Sánchez Peláez, lo vio caminando de un lado para otro en su jardín. Se le acercó y el poeta le pidió silencio: “Estoy buscando un adjetivo”, argumentó.

Padrón celebra esta frase gloriosa.

Otro viaje lo lleva a su propia voz y a la reflexión de la poesía conversacional que ha marcado su escritura hasta el presente.

Comienza cuando en Latinoamérica la poesía se llena de oralidad, con espacio para el humor, la ironía y la calle... “una poesía que se despoja de solemnidad se ocupaba de los temas sociales y quería tomar por asalto la calle”.

Considera que el descubrimiento de esta poesía por los escritores venezolanos de la época, se le debe al escritor, docente y crítico literario uruguayo Hugo Achugar, quien daba clases, tanto en la Universidad Central de Venezuela (UCV) como en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB).

El profesor Achugar, en su clase de poesía contemporánea, les abrió los ojos a la nueva manera de escribir el género.

“Me di cuenta de que la poesía se podía reír, ser irreverente, descarada y no sonar tan solemne. Fue una ráfaga de aire fresco que llegó al país”, dice Padrón.

De una a otra esquina, reconoce que ha explorado los distintos géneros y

eso le ha permitido cohabitar sin resistencias mundos y paradojas que solo se entienden en buen venezolano: desde salir publicado un texto suyo en el *Papel Literario* del diario *El Nacional* (“el rincón más sagrado del periodismo”, observa) y el mismo día estar en la revista de farándula o cotilleo, *Chepa Candela*.

Esa dualidad, observa, la comprendieron escritores como Salvador Garmendia o José Ignacio Cabrujas, quien se propuso dignificar el lenguaje de la televisión.

“Si tanto se le sataniza, vamos a adecentarlo; que el castellano suene así de hermoso en las historias que se cuenten”, era el principio que sostenía Cabrujas en su escritura y comparte Padrón.

Reconoce que un libro de poesía puede venderse entre mil lectores, pero una telenovela la ven millones de personas.

Lo dice, no se olvide, el autor de la serie *Pálpito*: una producción en español, que solo en su primera semana, tuvo 68 millones de horas vistas en Netflix.

“Me ha gustado vivir esos dos mundos porque me ha hecho tener un cable a tierra con la conexión con los demás. La escritura va de explorar la condición humana que bien puede estar en las antípodas de esas dos escrituras”.

En un principio también quería ser músico: “No tengo talento, pero descubrí otra forma de hacer música; la poesía”.

## La ciudad, el espacio y la palabra

Méndez Guédez habla de la ciudad como eje fundamental de la obra de Padrón. Interroga.

Leonardo Padrón responde. “Soy muy caraqueño”, expresa, y esta frase ya resume una vida. Sus primeros asombros están vinculados con la ciudad, y sus esquinas, con las cuales se encuentra en este libro.

Otras ciudades, como Nueva York, también son causa de estos estremecimientos. Cuando la conoció, la volvió a visitar desde la poesía de Federico García Lorca y su libro *Poeta en Nueva York*, “quien apeló a la escritura surrealista y a una avalancha de metáforas febriles” para significarla con sus contradicciones.

“La ciudad ha sido uno de los grandes temas de la poesía. Hay una cantera de belleza por codificar”.

## Sáinz Borgo provoca nuevas reflexiones

“Era una persona muy concentrada en mi mundo literario, en un país que tenía algo maravilloso: la normalidad”, dice con nostalgia Padrón. Y enumera en tono poético; conversacional:

“Había luz, agua... abrías la nevera y había comida.

Veía la diatriba política como un telón de fondo.

Cada cinco años se podía castigar al

gobierno si lo hacía mal y, de repente, viene este huracán que nos destruye y nos rompe que es el chavismo.

Y, claro, a todos se nos metió la política en la nevera, en la mesa de noche, en la almohada... el país se nos convirtió en insomnio, incertidumbre y herida.

De la página literaria del diario *El Nacional* me mudé al cuerpo A para escribir crónicas sobre la herida que estaba ocurriendo.

Siempre me ha encantado la crónica; es una mezcla de géneros.

Me parecía que lo que estaba ocurriendo tenía que contarlo como ciudadano.

Me vi impelido como ciudadano a la escritura como herramienta de lucha”.

También en los poemas de su último libro, “está la astilla del país roto”.

A ese país, y a Caracas, espera volver: a la biblioteca, al escritorio, al café en la cocina y al Ávila que lo sigue habitando.

La nostalgia recorre la audiencia del Cervantes. La memoria escurre los recuerdos de cada venezolano presente, quien es de Caracas, Barquisimeto, Mérida, Cumaná, Barcelona...

Al salir del Cervantes, Madrid es luz, música y una lluvia que acaba de acontecer. Como si la ciudad, en su solidaridad, también llorara por esas esquinas que dejaron de estar y a las cuales siempre se aspira a volver.

## Selección de poemas Guaire

En Caracas hay un río que todos los días olvidamos. Más que un río, es un hilo marrón y atormentado, un desagüe del mundo.

El hedor horizontal de nuestras vidas. Pero también es río y tiene orillas. Caminarlo, en esta ciudad, es privilegio de vagabundo.

Nadie más posee esa mirada, ese ángulo de la autopista. Es su paisaje privado. Porque estamos hablando de un río solitario y malquerido. Solo aquellos que pertenecen a la geometría de la miseria lo poseen. De vez en cuando deberíamos extrañarlo. Es la cintura de nosotros, el agua última de nuestra ciudad.

\*\*\*

En un carro se hace apego. Es, de forma unánime, oficina, cama y despensa para la costumbre. Todo chofer habita su vehículo con papeles mínimos, mudanzas de ánimo y desorden.

El volante gira por las calles con el mapa secreto de nuestras huellas. Un carro es una posdata de la habitación personal. Si se dispone del instrumental puede ser una gran sala de música. Una butaca de teatro desde donde se contempla el sincopado estilo de la ciudad. Allí se puede enmudecer sin presión. Llorar como un fósforo. Se puede vagar sin tejerse con la multitud. Vivir sin vigilancia.

Es un triunfo de la soledad.

\*\*\*

A una ciudad solo la conoce quien la ha caminado. Cada calle demanda una aventura nativa y ancestral en el humano: descubrir, conquistar y, por supuesto, colonizar. Cada vía tiene su ensamblaje de sombras, su hora de alba, su catálogo de sonidos. Caminar una calle supone varios aprendizajes. Exige disciplina y furia.

Disciplina en la malicia del paso. Furia para sobrevivir. Se debe acceder a ella como por asalto. Llenarse de su propia voracidad.

Emboscarla.

\*\*\*

Pienso ahora en Onetti, el escritor más taciturno de toda Latinoamérica. Pienso en su ciudad imaginaria, Santa María, donde sigue deambulando sin tregua el relente trágico del ser humano, ese asunto hermoso y terrible que somos. Nuestra ciudad, por más equivoca o maldita, será nuestro único arraigo. Por eso Onetti no tiene más remedio que decir bellamente: “Existe un lugar, una cosa, un pensamiento que se llama Santa María para todos nosotros”.

\*\*\*

4:01 A.M. Gente despeñada en los bares, vocablos íntimos en algún carro, un ladrido recurrente, el desfile lento de la muerte.

Todo se une al rumor gigantesco de una ciudad que simula dormir, con sus pies llenos de lodo y escarcha.

\*\*\*

Toda autopista tiene una doble vida. En la superficie es una luna colérica (los carros desfilan como balas, arrojando luces, en una sola línea fastuosa y orgullosa). Abajo, la autopista se convierte en puente. Esa sombra es la que ignoramos. Ocurre como una gran escenografía en voz baja. Arropa a ciertos seres que circulan sin destino bajo una acústica de automóvil y viento. Seres de la intemperie. No viven en la ciudad, son la ciudad. Son alcantarilla y humano paso. No necesitan protegerse del sol. Son las rodillas de Caracas. Son libres. Oscuros y libres.

\*\*\*

12:45 P.M. El hombre se detiene frente a un solar. Antes, en ese sitio, hubo un edificio, un primer piso, una persiana rota, el cordel sucio de una cortina. Y ese asunto lacónico de las seis de la tarde que era una silueta acodada en la ventana. Frente a él hay esa hipótesis de ciudad, porque si otros atravesaran la calle con urgencia y vieran de soslayo el lugar, no jurarían nada. Quién sabe. En una ciudad quién sabe.

Solo él asegura, desde el fondo de su edad, que allí, en ese rectángulo de aire, estaba su apartamento. Justo por donde acaba de pasar el viento con cierto desdén ese hombre dormía, masticaba los bordes de un libro o simplemente se dedicaba a ser infancia.

Ahora no hay nada. La sombra de un avión atraviesa el pavimento y lo trae al presente. La ciudad reinicia sus zancadas, frenética y cómoda, con soltura y oficio.

El hombre ya no está. En la calle siguiente es un giro más de la multitud.

\*\*\*

Bajo los puentes, Caracas bufa de silencio. En algunos hay vida doméstica, gente de las sombras, perros. En otros, maleza y dibujos del cemento, uno que otro trashumante, un bosquejo de historia. Muy pocos saben lo que ocurre bajo los puentes, esa arquitectura de la desolación.

\*\*\*

Lo que más seduce de una ciudad es que en ella la humanidad produce el más alto de sus espectáculos. No hay paisaje más rudo de la euforia. No hay sitio donde reine con mayor énfasis el desasosiego. Está hecha de extremos. Es el único lugar donde podemos entrever la vastedad, no del mundo, sino de lo humano: nuestro viejo corazón, podrido y glorioso. ☹

ANGELUS NOVUS

La buena educación

CAROLINA GUERRERO

La fe en la buena educación como ortopedia del espíritu contra los males de la sociedad, como poción para curar sus podredumbres, ha sido una recurrencia terca al espejismo que ciega, convencidos de que el saber nos salvará de nosotros mismos. Mas la historia es un animal que no sabe leer. Y la grieta del mundo persiste ahí, en cada verdugo con gramática.

La inmisericordia no anida en el sujeto por su reticancia a las luces. La acumulación del saber pertenece a un ámbito de cosas muy diferente a la extinción del mal. Y no deja de ser tentadora la pulsión de aventurar una interrogación lacerante y severa. Aquella dirigida a quien, en posesión de una pulida etiqueta y de una erudición acrobática, apunta sin límite a sofisticar el tormento que está dispuesto a urdir contra los demás.

Desde la pérdida de nuestro realismo político, abandonado en tiempos del humanismo cívico maquiaveliano, nos ha dado por inocular la paradoja sobre una suerte de religión racionalista edificada en la buena educación. Desde esa vertiente, y en un acto de fe ciega, creemos que la formación basta para regenerar aquello que ha de caracterizar lo humano. Una especie de llegada a la potencia victoriosa de tatuar razones en mentes nuevas.

Pero en momentos no precisamente infrecuentes es solo un vendaje para un cuerpo en gangrena, para la crudeza del mal social, a efectos de que la tragedia parezca civilizada.

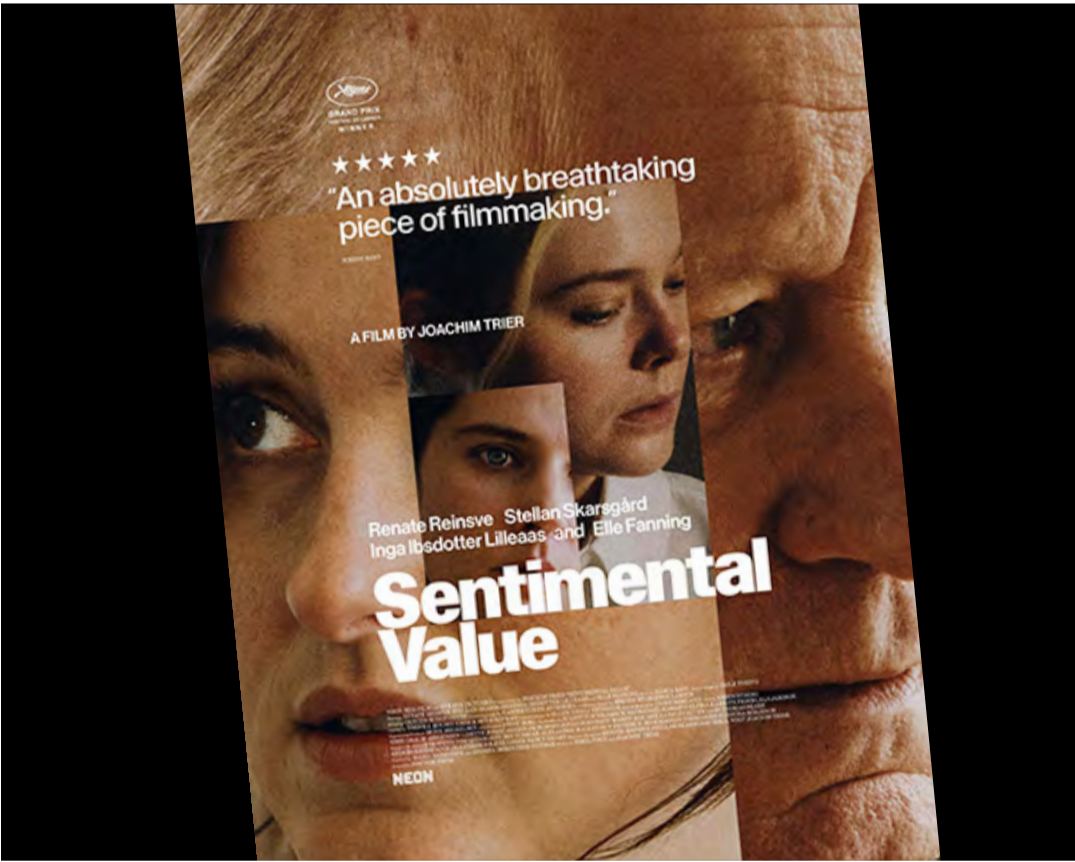
El mal es indiferente a la vana intención de educarlo. Sin embargo, en la educación estética quizás hallemos alguna liana desde la cual interceptar la aparente inevitabilidad del abismo. Ella no es transfigurable en una prevención infalible ante la explosión del mal desde el alma. Es apenas un destello en erupción frente al individuo libre. El ofrecimiento de un instante luminoso que no se asienta en una esperanza de salvación, dado que solo le está dado revelarse como epifanía en la conjuración de una pequeña retícula del horror.

El mal se mueve con la arrogancia de lo que no necesita ser contenido. En medio de él, a su margen, o en la búsqueda de distancia, el individuo ilustrado es simplemente un sujeto de decisión: instrumentalizar la razón para generar, desde la técnica, formas más eficientes y perversas de control y dominio. O negarse a convertir la buena educación en un ejercicio de la crueldad tecnificada o de la indiferencia, exquisitamente matizadas con el habla culta.

No existe relación de causalidad absoluta entre la buena educación y la obliteración del mal. Aun cuando aquella pueda situarnos en mejores coordenadas para la resistencia y la rebelión frente a él, la insistencia en que la educación es *el* recurso para civilizar el alma nos sumerge en la autocomplacencia de dejar de formular preguntas, otras. La indulgencia de abandonar la exploración necesaria en torno al misterio sobre por qué el espíritu, ilustrado o no, es capaz de detonar, desde sí, la inmisericordia extrema. ☹

LAS ALAS DEL DESEO

Valor sentimental



CRISTINA RAFFALLI

Quien haya visto *La peor persona del mundo* (2021) y tenga la dicha de ver *Valor sentimental* (2025) del cineasta noruego Joachim Trier (1974), podrá observar cómo dialogan entre sí estas dos películas, aun cuando las historias, personajes y contextos no declaren explícitamente relación alguna.

El secreto de esta posible relación está a buen resguardo tras un escudo llamado “La trilogía de Oslo”, una exploración del tiempo y la modernidad que Trier inició en 2006 con la película *Reprise*, seguida de *Oslo, 31 de agosto* (2011) y que culmina con *La peor persona del mundo*, haciendo suponer al espectador que quince años han bastado para que el cineasta pueda cerrar su exploración del tema.

En *La peor persona del mundo*, conocimos a Julie, una mujer que ronda los treinta años y desborda incertidumbres que van desde las dudas sobre su vocación hacia la vacilación afectiva y la indecisión frente a cada paso. Toda ella es deambulación existencial, preguntas que no logra responder porque tampoco logra hacerse. Y el problema es que el tiempo pasa. Y mientras fluye inexorablemente, siempre apuntando hacia la muerte, Julie sigue sin encontrar su lugar en el mundo.

Ahora entremos, con *Valor sentimental*, en una casa hacia las afueras de Oslo. Tiene voz, la casa, tiene alma, y cuenta la historia de quienes la han habitado. Sus cuartos y corredores también han visto el paso del tiempo y sabe que ninguna historia humana es insignificante. Pero ella quiere contarnos una en particular: la del célebre direc-

tor de cine llamado Gustav Borg y sus dos hijas, Nora y Agnes.

El conflicto de esta historia comienza cuando Gustav regresa luego de una ausencia de años. Quiere filmar una historia familiar de esas que callamos por exceso de dolor. Sus hijas, adultas, tomarán posiciones al respecto, pero el momento es de una sensibilidad aguda, marcado por la muerte de la madre. Nora es actriz de teatro, Agnes es historiadora. Cada una con sus cargas intenta asimilar la reaparición del padre.

Los minutos iniciales de esta película serán inolvidables para quien la vea. La fuerza que anuncia la primera secuencia vuelve a brotar en cada plano y en cada diálogo de diáfana profundidad, líneas escritas con la sencillez de los maestros.

¿Qué les pasa a todos ellos? Y ¿qué tienen que ver con la Julie del filme de 2021? Quizás estamos ante la misma historia, ahora diseminada en más de un personaje. Julie está perdida porque no encuentra su lugar en el mundo. Este padre y sus dos hijas, en cambio, no saben qué lugar ocupan en el otro. Ignoran cómo mirarse, cómo hacerse comprender. El naufragio de no saber si resonamos en otra alma.

*Valor sentimental*, que concursó por la Palma de Oro en el Festival de Cannes, representará a Noruega en los premios Oscar optando a Mejor película en lengua no inglesa, un reconocimiento por al cual compete con obras de una calidad inestimable, como *Sirat* (España), *El agente secreto* (Brasil), *Fue solo un accidente* (Francia) y *La voz de Hindi Rajab* (Túnez). La distingue de estas finalistas su apuesta por la introspección. ☹



NIÑO LEYENDO – ALFREDO VALENZUELA PUELMA (1880) / COLECCIÓN BANCO CENTRAL DE CHILE

EL VUELO DETENIDO

Teoría literaria (2/2)

MARIO MORENZA

...Sí, otra forma de vuelo detenido, pero con fuego real. Los estruendosos sonidos que jamás había escuchado se articularon en el cielo para configurar un puente hacia lo que ya hoy es recuerdo. Y las plegarias. Las explosiones. La ficción y la literatura que vendrá. Los sucesivos testimonios. ¿Las horas más oscuras como colofón de una era sostenidamente tenebrosa?

Atesoro una Biblia que heredé de mi abuela y que ubico, dudo si con mejor criterio que la gerencia de TecnCiencia, junto a libros de antropología, lingüística y filosofía. *Teoría literaria*, de René Wellek y Austin Warren, fue otro libro que recordé esa tarde del 3 de enero. Y en especial, una pregunta que este dúo se formula: “¿Han cambiado en el curso de la historia las concepciones sobre la naturaleza y la función de la literatura?”. Se responden: “Si nos remontamos lo suficiente, podremos decir que sí. Se puede retroceder a una época en que la literatura, la filosofía y la religión coexistían sin diferencia”.

Estos autores igualmente sostienen que la literatura de un país es correlato de su alma. Como tantas, su estudio histórico se ha trazado en paralelo con momentos políticos más que artísticos, y dichos eventos se han reflejado en ciertas obras: El Caracazo (*Retrato de Abel con isla volcánica al fondo*), la Tragedia de Vargas (“La pulsera” de López Ortega), las protestas y la represión del chavismo (“Balas perdidas” de Barrera Tyszka), la década violenta (*No es tiempo para rosas rojas*), el gomecismo (*Fiebre, Puros hombres, La carretera*), novelas sobre presos políticos, estudiantes, injustamente encarcelados y que deben ser liberados, que deben ser liberados, que deben ser liberados). Entonces qué lugar tendrán estos eventos en la narrativa del porvenir.

Ese mismo día, Peter Gabriel publicó su canción *Been Undone*. Estos versos definen mi perplejidad:

dad: “Y necesito más información / Necesito saber qué está pasando / Y necesito esta información ahora / Para no equivocarme, equivocarme, equivocarme”.

¿Cómo entender la incertidumbre que se viene? ¿Cómo contener comentarios que no puedo catalogar ni archivar y menos comunicar? ¿En cuál anaquel de la memoria resguardaré los recuerdos del 3 de enero? Opto por preguntarme qué pasa mientras se disuelve la incertidumbre. O acaso no se tratan estos veinticinco años de una costra de incertidumbre, pétrea, firme, coralina. Esa alma afligida de una nación, agujereada con ferocidad. Por lo pronto, me refugiaré en lo que considero mi forma de la fe: la literatura.

En “El guardagujas” de Arreola, el protagonista queda varado en la estación de un pueblo inhóspito, donde reina la incertidumbre. Se ignora cuándo vendrá el próximo tren. Se desconoce a dónde se dirigirá una vez llegue. Un enigmático personaje relata cómo en el pasado ante un puente caído, los viajeros osaron desarmar aquel anhelado tren para transportarlo hasta la otra orilla del abismo. Como ciudadanos, cada uno a su manera, nos tocará cargar con los trozos de este tren país y llevarlo hasta esa orilla, rearmarlo y ponerlo nuevamente en marcha.

Quizá en unos días o meses pueda escribir con mayor claridad sobre esto. Cuando me dejen de temblar las manos. Porque el genuino terror, ese que lleva más de veinticinco años deteniéndonos el tren y derrumbando puentes, sigue carburando por las calles.

A todas estas, debo cooperar y cargar con una veintena de opiniones, especulaciones, contradicciones y que ninguna se me caiga al suelo o peor, sea mal interpretada por los sicofantes. Ser ese malabarista prudente de la supervivencia sobre esta cuerda floja de la incertidumbre tensada bajo la carpa de un circo que pareciera extinguirse. ☹

